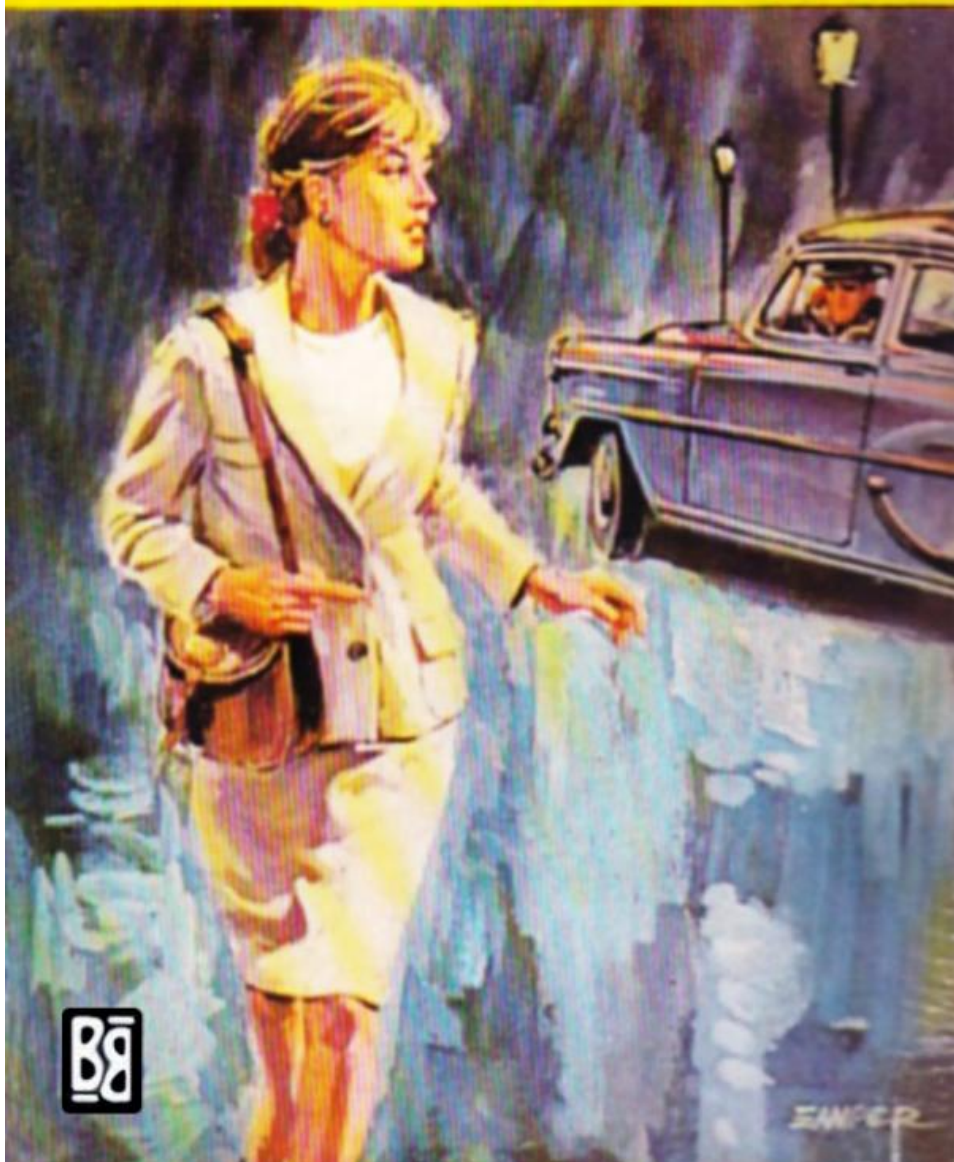


PUNTO

ROJO

noche macabra

Burton Hare



NOCHE MACABRA



BURTON HARE

NOCHE MACABRA

Colección
PUNTO ROJO n.º 149
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 1.299 -1965

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: MARZO, 1965

© BURTON HARE - 1965
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JORGE SAMPER - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 70/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Y por qué crees que esa dama puede estar en el Depósito?

—Ésa es una de tantas posibilidades —dije, aburrido—. Hace una semana que ando de un lado a otro dando tumbos en este maldito asunto, pero hasta ahora no he conseguido la menor pista. O se ha esfumado, o está enterrada, o se encuentra en Miami de vacaciones con cualquier potentado. Sólo me falta dar un vistazo a los fiambres que guardáis en conserva. Si no está allí, voy a escribir a mi cliente diciéndole que no está en California y...

—Para el carro —gruñó Sam—. Una mujer no desaparece así, sin dejar rastro, como un conejo en el sombrero de un prestidigitador. ¿Por qué la buscan, puedes decírmelo?

Suspiré cansadamente.

—Recibí una carta de la madre, que vive en Pomona. Dice que hace mucho tiempo que no recibe noticias de su hija, y que antes acostumbraba a escribirle por lo menos una vez al mes, mandándole algún dinero. Sin embargo, ante tan largo silencio, ha decidido hacer algo para localizarla. Por eso se ha dirigido a un detective de Los Ángeles.

—Ya veo... Ha tardado mucho esa señora en preocuparse de su querida hijita, ¿no crees?

—¡Oh, al diablo! Me importa un bledo lo que haya tardado. Ella me ha encargado el trabajo y eso es lo único que cuenta. ¿Es tan difícil para ti entender eso, maldita sea?

Me miró sospechosamente. Luego refunfuñó:

—Puedes visitar el Depósito cuando quieras sin ayuda de ningún policía. ¿Por qué has venido a pedir mi colaboración, Howard? No te negaré que estoy intrigado.

—Hay que ver lo suspicaz que te has vuelto, Sam —une quejé

amargamente—. Antes no eras así.

—Antes no me había visto metido en unos cuantos líos por tu culpa, amigo.

—*Okey*, te lo diré. Si la chica no está entre los *tiosos*, es posible que haya estado, y ya la hayan enterrado, o incinerado. En ese caso, a ti te mostrarán los registros atrasados, cosa que no harían conmigo. ¿Está claro?

Asintió con un gesto y suspiró resignadamente.

—Bueno, me has convencido; aunque Dios sabe que eres un embrollón. ¿Tienes el coche abajo?

—Sí.

Descolgó el teléfono interior y dio instrucciones a alguien, advirtiéndole de que, en caso de necesidad, podrían encontrarle en el Depósito de Cadáveres. Acto seguido se levantó y abandonamos el despacho.

Mientras conducía el coche, el teniente gruñó:

—¿Qué clase de mujer es la que estás buscando?

—Nada de particular —dije—. Una de tantas que vienen aquí convencidas de que van a meterse Hollywood en el bolsillo. Luego se dan cuenta que las cosas no son tan fáciles y acaban de camareras en cualquier lado..., suponiendo que no desciendan mucho más bajo.

—Ya veo... ¿Bonita?

—A juzgar por la fotografía que tengo de ella, sí.

—Bueno...

El guardián de la *Morgue* era un tipejo enclenque, de nariz prominente y roja, cara tan pálida como la de sus huéspedes, y unos ojos apagados que producían escalofríos. Se llamaba Lander y había envejecido en el cargo.

Saludó al teniente con desgana y luego me miró a mí.

—Cada vez que le veo —comentó con voz apagada—, me pregunto cuánto tardará en ocupar una de mis heladeras, míster McNeil.

—Si depende de mí, usted estará sirviendo de pasto a los gusanos cuando eso suceda.

Esbozó una mueca.

—¿Nadie tiene un trago? —indagó, interesado.

Yo ya había contado con eso, así es que saqué un frasco

aplanado del bolsillo de atrás del pantalón y se lo ofrecí.

El hombrecillo se apoderó de él con entusiasmo y nos precedió hasta su garita encristalada. Allí echó el primer trago, con el cual casi engulló la mitad del frasco. Tras esto se quedó quieto, saboreando el ardor del alcohol, y finalmente gruñó:

—Esto me compensa de la compañía de todos esos *fríos* que tengo ahí.

—A eso hemos venido —le dije—. Saque su lista de damas y déjenos echar un vistazo.

—¿Sólo las del bello sexo?

—Así es.

—Sé de memoria qué heladera ocupa cada una. No hay muchas...

Con la tremenda indiferencia fruto de la costumbre, Lander nos guió hasta las inmensas instalaciones frigoríficas, y, una vez allí, fue mostrándonos los cadáveres de todas las mujeres que había dentro de los compartimientos. El hombre no pronunciaba palabra; se limitaba a abrir la gruesa portezuela, agarraba la camilla metálica y tiraba de ella hacia fuera, haciéndola deslizar por los bien engrasados rieles.

Y así una y otra vez, hasta once.

Ninguna de ellas era la muchacha que yo andaba buscando.

De regreso a la oficina del guardián, Sam dijo:

—¿Qué hay de las mujeres que han salido últimamente, Lander?

—Por lo que entiendo, ustedes andan buscando alguna que no haya sido reclamada ni reconocida. ¿Es así?

—Exacto.

—Bueno... En estos últimos meses sólo han habido dos. Sus fotografías están en el registro.

—¿Jóvenes? —indagué.

—Una, sí. La otra tendría sus cuarenta años.

—Ésta no, interesa. ¿No hay más?

—Sí, las dos que han entrado esta tarde. Pero están en la sala, esperando que las *destripen*.

Me estremecí al imaginar lo que el hombre quería dar a entender.

—Vayamos a verlas también —propuse.

La sala era una nave de grandes proporciones, con varias mesas

de mármol alineadas en batería. Aun lado, unos compartimientos encristalados como oficinas contenían las mesas, también de mármol, en las que se efectuaban las autopsias.

Lander nos mostró a las dos muchachas que esperaban ese trámite. Una tendría unos veinte años, y había muerto en un accidente de coche. La otra, una mujer cercana a los treinta, había metido la cabeza en el horno de gas, abierto la espita y allí se había quedado.

—Tampoco me interesan estas dos —gruñí, descontento—. No hemos adelantado nada.

Tras esto, subimos a la oficina, y el empleado del registro nos mostró las fotografías de las que habían sido inhumadas en los últimos meses por cuenta del Municipio, por carecer de familia y recursos.

—¿Tampoco? —suspiró Sam.

—No —dije.

Salimos a la calle y llené mis pulmones con el cálido aire de la noche. El fuerte olor del formaldehído impregnaba hasta las ropas allá dentro.

—¿Qué te propones hacer ahora? —refunfuñó el teniente.

—Nada. Mañana escribiré a esa buena señora que no hay ni rastro de su hija. Es un trabajo indecente, maldita sea...

—Bueno, vámonos a tomar una copa en cualquier lado, Howard. Te permitiré pagar por una vez.

—Una vez tras otra, que yo recuerde.

Conduje el auto hasta Fairfax en busca de un bar que no tuviese muy mal aspecto.

Bebimos un par de dobles cada uno sin pronunciar palabra. Tras el *whisky*, Sam pareció animarse un poco.

—¿Sabes una cosa, hurón? Nosotros tenemos una oficina de Personas Desaparecidas. ¿Por qué no te das una vuelta por allí?

—¿De qué iba a servirme? Nadie excepto su madre se ha interesado por ella...

Se quedó pensativo. Le miré por el rabillo del ojo y me sorprendió un poco su actitud.

—Vamos, suéltalo —le dije secamente.

—¿Qué?

—Lo que tienes entre ceja y ceja.

—No es nada importante. Estaba pensando que en dos o tres meses han desaparecido varias chicas... sin dejar el menor rastro. Claro que los padres o familiares han presentado las correspondientes denuncias... Lo he recordado al hablar del Departamento.

—Ya veo. ¿Coincidencia?

Se encogió de hombros.

—Quién sabe... Siempre hay muchachas que emprenden el vuelo. O bien solas o en compañía de apuestos caballeros galantes. Por regla general, suelen aparecer algún tiempo después, llorosas y arrepentidas. Los padres las perdonan, les sueltan un terrorífico discurso y asunto concluido. Incluso, algunas se casan después y nadie se entera de nada.

—Ya sé —dije con un gruñido—. La juventud libre y soberana de América y todas esas cosas.

—En *todas esas cosas* puedes incluir los cigarrillos de marihuana, los anticonceptivos en el bolso de las chicas de la escuela superior y... En fin, al diablo. Yo no tengo hijos, afortunadamente.

—¿Qué diablos te ocurre, viejo?

—No lo sé. Llevo algún tiempo con los nervios excitados. Tendré que ver al doctor un día de éstos.

Hizo un gesto al mozo para que volviera a llenar los vasos.

—Me pregunto qué deben sentir los padres de esas chicas cuando ellas regresan al hogar después de un par de semanas de vagabundeo con un tipo —refunfuñó de pronto.

—Bah, olvídalo.

Bebimos el *whisky*, pagué la cuenta y salté del taburete.

—¿Tienes que volver a tu despacho? —indagué, cuando nos dirigíamos a la salida.

—¿Tú qué crees? —rezongó—. ¡Claro que tengo que volver allí!

Saqué el coche del estacionamiento y enfilé la avenida a creciente velocidad. Para mis adentros, reconocí que yo tampoco estaba de muy buen humor precisamente.

Imaginé el desengaño de la mujer cuya hija había desaparecido, cuando recibiese mi carta dándole cuenta de la inutilidad de mis gestiones. Seguramente, una anciana que...

—¡Cuidado!

El grito de mi compañero me devolvió a la realidad. Hundí el

pie en el freno y las llantas chillaron al clavarse en el asfalto. Sam tuvo el tiempo justo de adelantar las manos antes de salir proyectado hacia adelante. Yo sentí el golpe del volante cuando el coche se clavó en la calle entre el rechinar de los neumáticos, el lastimero aullido de la suspensión y el tremendo chasquido del motor al calarse.

El hombrecillo quedó acurrucado, encorvado sobre sí mismo, a menos de un metro del parachoques delantero, iluminado brillantemente por los faros. Nos miraba con el rostro desencajado y una expresión de terror en sus ojillos de rata.

—¡Maldita sea! —estallé—. ¿De dónde ha salido ese renacuajo?

—De esa casa —señaló el teniente.

Era un edificio de una planta, con un rótulo luminoso de color azul sobre el tejado. Algo semejante a una campana estaba suspendido bajo el rótulo.

Salté del coche hecho una furia y en dos saltos estuve al lado del temblequeante individuo. Lo sujeté por las solapas y le sacudí violentamente.

—¿Qué demonios pretendía usted, imbécil? —aullé furioso ante lo que había estado a punto de suceder—. ¿Quería meterse bajo las ruedas o qué?

No pudo hablar. Detrás de mí escuché los pasos de Sam que se acercaba.

—¡Vamos, hable! —grité—. ¿Qué eran tantas prisas?

—¡Yo..., yo no...!

—¡Un diablo! Usted ha salido disparado de la casa y se ha lanzado como un loco a la calzada. Casi se ha metido bajo mis ruedas y...

—Déjalo, Howard —gruñó Sam—. Está aterrado. El susto lo ha dejado mudo.

—¿Qué susto ni qué...?

—Yo... —El muñeco tragó saliva dificultosamente. Después hizo esfuerzos para hablar—. Es cierto..., corría... ¡Dios santo!

Miró hacia la casa con una expresión de horror en su pequeña cara. Levanté la mirada y entonces descubrí que se trataba de una funeraria de lujo. El letrero pregonaba que el propietario era un tal Simeón Braham.

—¿Usted es Braham? —interrogué entonces.

—Sí.

Seguía aterrorizado. Me pareció que ya tenía tiempo de habérsele pasado el susto y lo solté. Pareció a punto de caer cuando le faltó el apoyo de mi puño, pero se sostuvo con visible esfuerzo.

Sam refunfuñó:

—¿Por qué tantas prisas?

La nuez le subía y bajaba en su cuello como un ascensor loco.

—Es que... allí, dentro...

Señalaba la funeraria con un dedo que temblaba.

—¿Qué pasa ahí dentro? —Gruñó el teniente—. ¿Se le ha rebelado alguno de los fiambres?

El pequeño enterrador levantó la cara y miró hacia las alturas, para enfocar sus ojos en la cara de Sam.

—Sí —dijo.

Pegué un respingo. El teniente abrió la boca igual que si sus mandíbulas fueran a caérsele al suelo.

—¿Qué diablos está diciendo? —gimió.

—El... el muerto...

—¿Qué?

—Quería... salir del ataúd...

Sacudí la cabeza para asegurarme de que mis oídos funcionaban como era debido.

—¿Quiere decirme que un cadáver quería largarse de su ataúd?

El tipejo asintió con enérgicas cabezadas.

Sam dijo con voz ronca:

—Está chalado.

—¡No, no! Lo he visto... ¡Dios, si lo he visto...! La mano... la mano intentaba quitar la tapa y... salía por un lado...

—El tipo está chiflado —insistió Sam con terquedad.

—Un momento —intervine—. Es posible que no estuviera muerto... Ya sabe, uno de esos ataques que...

Pero el hombrecillo sacudió la cabeza de un lado a otro con energía.

—No —dijo. Sus dientes empezaron a castañetear—. Yo... lo embalsamé ayer por la tarde... Estaba bien muerto y embalsamado.

—¡Cristo! —suspiró el teniente.

Empujé al individuo hacia su casa.

—Vamos a echar un vistazo. Los tiempos de Drácula pasaron a

la historia con el cine mudo.

—¡No! No quiero entrar ahí...

—Bueno, es su casa, ¿no? Y su negocio. No me diga que un enterrador tiene miedo de sus propios clientes. Vamos, adentro.

Sam agarró al hombrecillo por un brazo y lo llevó con él. Casi iba en volandas, sostenido por la poderosa garra del policía.

El interior de la funeraria estaba a oscuras, pero el resplandor del letrero luminoso penetraba por un ventanal permitiendo ver la capilla con el catafalco y su tétrica decoración. A mi pesar, sentí una corriente helada deslizarse a lo largo de mi espalda.

—¿Dónde está el fiambre bromista? —rezongó Sam.

—Allí...

Señaló una puerta entornada, que abrí de un empujón. El policía empujó al pobre hombre delante suyo. Me detuve en seco al ver la fila de ataúdes colocados junto a la pared, sobre caballetes de madera. Después de mi anterior visita a la *Morgue*, era lo único que me faltaba.

—Ese de ahí... —indicó el dueño del fúnebre negocio.

Era un ataúd de lujo, colocado en el centro de la estancia. Su madera barnizada brillaba tenuemente con el resplandor azulado procedente del rótulo exterior.

—¿No tiene luz aquí dentro? —bramó Sam, nervioso.

El hombre encendió la lámpara central. La luz nos permitió ver que el ataúd tenía la tapa medio corrida a un lado. Sus asas de plata y los adornos pregonaban que era un cadáver de buena posición.

—¿Quién es el fiambre? —indagó Sam, avanzando.

—Míster Richardson...

—Ya...

Volví a mirar el ataúd al tiempo que mascullaba entre dientes:

—Y está embalsamado, ¿eh?

Pero el hombrecillo no tuvo tiempo de responder, porque pegué un salto y agarré a Sam por un brazo.

—¡Mira! —gemí, sintiendo como el cabello se me erizaba y mi piel se convertía en gelatina temblorosa.

¡Porque una mano estaba apareciendo por la abertura del ataúd, tanteando la madera como buscando un agarradero! Una mano blanca igual que la cera...

—¡Por todos los diablos! —jadeó Sam—. ¿Qué significa eso?

El hombrecillo dejó escapar un lamento y se desplomó. Quedó acurrucado en el suelo, gimiendo como un niño.

Sam había quedado inmóvil, mirando aquella horrorosa visión con ojos desorbitados. Cuando recobré la voz dije entrecortadamente:

—¡Un tipo embalsamado no puede moverse, Sam!

—¡Seguro!

Vi que sacaba su revólver de reglamento, y de un salto se plantó al lado del ataúd. La mano se elevó, vacilante. Hubo un espeluznante lamento dentro de la caja, y Sam, tras una ligera vacilación, arrojó la tapa a un lado con un estrépito de mil diablos.

Me coloqué a su lado. El cuerpo descansaba como todos los cadáveres en su ataúd, a excepción de que éste nos miraba con ojos desorbitados, y movía aquella mano...

De repente, la mano cayó, sin fuerzas, y los ojos se abrieron un poco más... y quedaron inmóviles, inmensamente abiertos, clavados en nosotros, pero vidriosos y sin vida.

—¿Has visto lo mismo que yo? —balbuceé.

—¡Dios, sí lo he visto! Y embalsamado...

Me incliné y levanté al hombrecillo, sosteniéndolo a mi lado.

—Eché un vistazo, amigo —dije.

Lo hizo a la fuerza. Pero entonces se envaró, se puso rígido, y comenzó a temblar violentamente. Sus dientes hicieron el mismo ruido que una sierra de cinta.

—¿Qué le pasa hora a éste? —exclamó Sam.

El hombre movía la cabeza de un lado a otro. Finalmente pudo decir:

—¡No... no es míster Richardson...!

Y se desmayó.

CAPÍTULO II

Habíamos sacado al enterrador, dejándolo en la capilla. Mientras yo intentaba auxiliarlo, Sam había regresado al interior, y supuse que estaba revolviendo por allí a juzgar por los ruidos que provocaba.

Finalmente, el hombrecillo recobró el conocimiento y me miró con ojos desorbitados.

—Está bien —dije—. Se han acabado los fantasmas. Trate de portarse bien ahora.

—¿Quién..., quién es...?

—¿El fiambre? No lo sé. Si usted no lo conoce, estamos en un buen embrollo.

—No lo había visto nunca... ¡Dios santo!

—¿Qué hacía usted aquí a estas horas? Antes de salir disparado, quiero decir.

—Estaba a punto de acostarme... He escuchado un ruido y he entrado a ver...

—Vayamos por partes. ¿Vive usted aquí?

—En la parte de atrás de la casa.

—¿Solo?

—Sí. Durante el día viene una mujer para la limpieza. También tengo un ayudante...

—Eso no importa. ¿Qué ruido ha oído?

Trató de recordar, pero sus sentidos no estaban lo bastante claros todavía.

—No sabría decírselo —balbució—. Ha sido algo insólito. He pensado que tal vez me había dejado una puerta sin cerrar o algo así..., y entonces he visto aquella mano...

Se estremeció, y sus dientes imitaron el sonido de unas

castañuelas. Estábamos listos con semejante enterrador.

En aquel momento, Sam regresó pisando fuerte. Traía una expresión ceñuda en su cara de rudas facciones.

—Bueno —refunfuñó—. No hay duda de que ahora sí está bien muerto.

—¿Quién era? —indagué.

—No lo sé. Le han vaciado los bolsillos por completo. Ni siquiera hay etiquetas en sus ropas. Sólo le han dejado una cosa encima...

—¿Sí?

—Un estilete —añadió con voz seca—. Hundido en la espalda. Imagino que lo dieron por muerto, pero el mismo puñal al permanecer clavado evitó la hemorragia alargándole la vida. Veamos qué puede decirnos nuestro héroe —terminó, señalando al tembloroso propietario de la funeraria.

El hombre trató de explicarle lo mismo que me había dicho a mí, pero necesitó mucho tiempo para conseguirlo.

—Total —decidió Sam al final— estamos a oscuras sobre ese cadáver. ¿Dónde tiene usted el teléfono?

—¿Qué va usted a hacer?

—Llamar a la Brigada de Homicidios, naturalmente.

—¡A la policía!

Sam respingó.

—¡Ésta sí que es buena! ¿Qué pretende usted, enterrarlo sin más?

—Bueno, yo...

Por toda respuesta, el teniente sacó su credencial y se la restregó por la cara. El pobre hombre estuvo a punto de desmayarse una vez más.

Oí la voz de Sam dando órdenes por teléfono. Cuando regresó a nuestro lado gruñó:

—Vamos a ver si sacamos algo en claro, mientras llegan los muchachos. Ese ataúd, por lo que he podido ver, estaba clavado ya...

—Sí —dijo el hombrecillo—. Completamente listo para el entierro, que tenía que efectuarse mañana a las once...

—Bien, alguien ha desclavado la tapa, ha sacado el cuerpo embalsamado para poder colocar en su lugar ese que hemos encontrado nosotros. Pero, por alguna razón que de momento

desconozco, no han podido volver a clavar la tapa. ¿Por qué?

—Tal vez me han oído... La tapa se sujeta con tornillos. Podían haberlos atornillado sin ningún ruido...

—Eso he pensado yo también. Ahora, veamos otro detalle. ¿Por qué han cambiado el fiambre?

—Para deshacerse de su víctima —intervine, encendiendo un cigarrillo con dedos que todavía temblaban.

—No digas tonterías. Eso es sólo una parte del hecho. Se han llevado otro cadáver, ¿no es así? Igual dificultad encontrarán para desprenderse de uno que de otro.

No había respuesta a semejante argumento, de manera que callé. Pero Sam estaba trabajando y siguió adelante con sus ideas.

—Vamos a ver —dijo—. Supongamos que hubiesen vuelto a atornillar la tapa. ¿Podría haberse descubierto el cambiazó?

El hombrecillo negó con un gesto.

—No —susurró después—. El entierro se habría efectuado normalmente...

—Ya veo. Con eso debían contar los que han organizado el tinglado. Lo que no puedo comprender es lo que tienen destinado para el otro cadáver..., el embalsamado. A menos que...

Giró sobre sus talones y desapareció otra vez en la sala de exposición. Fui tras él y le vi quitar las tapas a todos los demás ataúdes puestos en fila.

Afortunadamente, estaban vacíos, de manera que volvimos al lado del propietario del establecimiento.

Minutos después llegó el grueso de los peritos, fotógrafos y demás componentes del equipo afecto a Homicidios. Sam repartió sus instrucciones y, seguro que todo estaba en marcha, salió a la calle para respirar el aire puro de la noche.

Había dos coches de la Brigada al lado de la acera, más un auto patrulla con la luz giratoria en el techo dando vueltas sin cesar. Un agente permanecía dentro, atento a la radio. Los otros dos mantenían apartados a los escasos mirones.

Mi coche seguía en la calzada y fui a apartarlo de allí. Al volver a la acera, Sam refunfuñó:

—Pues sí que me ha caído buena...

—¿Crees que nos ha dicho la verdad ese fulano?

—Seguro. Está demasiado asustado para acordarse de mentir. El

también ha pasado un rato infernal.

—¡Diablo! He estado a punto de creer en resucitados, vampiros y todas esas cosas. ¡Qué noche!

Nos quedamos allí, callados y fumando un cigarrillo tras otro, mientras dentro de la funeraria, los expertos trabajaban a toda velocidad. De vez en cuando, a través de los cristales de las ventanas veíamos estallar los relámpagos del fotógrafo.

No sé el tiempo que había transcurrido cuando el agente que atendía las llamadas de radio en el auto patrulla saltó fuera del asiento y corrió hacia nosotros.

—¿Teniente Belford? —exclamó, deteniéndose junto a Sam.

—Sí —dijo éste—. ¿Qué pasa ahora?

Una llamada urgente para usted. Parece que han asaltado la *Morgue*.

—¿Qué?

Corrió hacia el coche. Cuando yo me acerqué, él estaba manipulando en el aparato. De repente, una voz metálica brotó del *tablier*:

—Atención, coche dos, cero, uno, atención. Llamada para el teniente Belford... Atención, conteste...

Fue el propio Sam quien respondió. Tras esto, la voz le ordenó acudir al Depósito de Cadáveres para hacerse cargo de lo que allí había sucedido.

No esperó más explicaciones. Saltó fuera del auto y gritó:

—¡Vamos, Howard, utilizaremos tu coche!

Salimos disparados rumbo a la *Morgue*. Con el acelerador hundido a fondo, jugándonos la cara en cada esquina, llegamos a destino en un tiempo inverosímil. Había una multitud de policías de uniforme moviéndose por los alrededores, y coches oficiales bloqueando la calle.

Nos precipitamos a la entrada, donde Sam se dio a conocer y nos dejaron entrar sin más dilaciones. Pudimos observar que reinaba una confusión tremenda allí dentro.

Furioso ante semejante desbarajuste, Sam echó el guante a un tipo con bata blanca y lo arrinconó junto a la pared.

—¡Vamos a ver si aclaramos esto! —bramó con su impresionante vozarrón—. ¿Qué ha sucedido aquí?

El enfermero palideció.

—Sí..., sí, señor, pero yo no sé nada... estaba arriba, en...

Una violenta sacudida estuvo a punto de desmontarlo. Entonces balbució:

—Abajo..., en la «nevera»...

Lo soltó y nos precipitamos escaleras abajo.

El lugar que habíamos visitado poco antes estaba invadido por una multitud de médicos, policías y enfermeros de los laboratorios. Tuvimos que abrirnos paso hasta el cubil de Lander, el guardián.

Pero allí nos detuvimos en seco. El pobre Lander yacía en el suelo, con un gran charco de sangre alrededor de su cabeza. Un médico estaba trabajando tratando de hacer algo por el hombre.

—¿Qué ha sucedido, hay alguien que lo sepa? —aulló Sam.

Uno de los médicos se incorporó. Afortunadamente, conocía al teniente.

—Un asalto, eso es lo que ha pasado —dijo.

—¿Un asalto aquí?

—Así es.

—¿Y Lander?

—Está muy mal. Le han golpeado muy duro... tiene el cráneo abierto.

—¿Cree que saldrá de ésta?

—No lo creo. Depende de si le han astillado el hueso y alguna esquirla se ha incrustado en el cerebro... Veremos.

—Está bien. ¿Alguien sabe qué han hecho los asaltantes?

—Venga.

Nos llevó hasta el frigorífico. La mayoría de las portezuelas estaban abiertas, y las camillas sacadas hasta la mitad, lo necesario para reconocer a cada muerto.

Pero había uno al que le habían hecho algo más. Lo habían sacado de la camilla y le habían quitado sus ropas dejándolo completamente desnudo.

El médico informó:

—Según tengo entendido, ese desgraciado estaba listo para ser enterrado mañana. Lander lo había anotado ya en el volante correspondiente, de manera que estaba vestido, a punto de ocupar su ataúd correspondiente.

Sam se inclinó un poco para examinar el cadáver.

—Yo conozco a ese desgraciado —dijo de pronto—. Es el que

mataron hace unos días en un descampado.

—Eso es —corroboró el doctor—. Un balazo en la nuca.

—¿Por qué mil diablos le quitarían las ropas?

Nadie tenía respuesta para eso, así es que regresamos al lado del pobre Lander, al que estaban colocando en una camilla para trasladarlo al hospital. Entonces me fijé en los trozos de cristal y la mancha que había en un rincón del encristalado cubículo. Eran los restos de la botella que yo le regalara en mi visita anterior.

Contemplé cómo se llevaban al guardián, y después miré a Sam. Tenía las mandíbulas apretadas y una mirada de desconcierto en sus ojos.

—Es absurdo —refunfuñó—. Lo más descabellado con que he tropezado nunca... Desnudar un cadáver... ¡Oh, al diablo!

Giró sobre sus talones y llamó por teléfono. Aquella iba a ser una noche endiablada para él y sus hombres.

Cuando colgó el auricular, dije:

—Si no me necesitas para llevarte a alguna otra parte, me largo, Sam. Nada puedo hacer aquí.

—No..., claro, puedes irte. Ya te contaré en qué termina esto.

Lo dejé allí y conduje el coche sin prisas, distraído y con la mente inundada por el desconcierto de los absurdos acontecimientos que nos habían salido al paso en aquella macabra noche.

Me detuve para tomar unos tragos y seguir reflexionando, hasta que llegué a la conclusión de que todo aquello no me incumbía en absoluto. Mi problema continuaba envuelto en la oscuridad y no había la menor traza de que pudiera aclararlo. Decididamente, tendría que escribir a la mujer de Pomona diciéndole que, por el momento, no había manera de hallar el rastro de su hija.

Pensé también en el comentario de Sam Belford respecto a las últimas desapariciones de muchachas. Eso era algo que siempre había sucedido, pero no en serie como parecía desprenderse de las palabras del policía.

Cuando regresé al auto, lo hice con la incertidumbre que habían dejado en mí los cadáveres que había visto desfilar ante mis ojos en pocas horas. Después de todo, y a falta de otra cosa que hacer, quizá pudiese echarle una mano a Sam...

CAPÍTULO III

El último autopatrulla se alejaba de la funeraria cuando me detuve junto al bordillo de la acera. Ya no quedaban curiosos en la calle, y toda la agitación se había extinguido, al igual que las luces del establecimiento mortuario. Ni siquiera el letrero azul que normalmente debía estar encendido toda la noche brillaba ya.

Sólo cuando atravesé la acera y anduve hacia la entrada, descubrí al hombrecillo sentado en los escalones de la puerta. A juzgar por su actitud abatida, parecía como si el enterrador hubiera perdido la fe en la humanidad entera. Apenas si levantó la mirada al oír mis pasos.

—Al fin le han dejado en paz, ¿eh? —comenté, sacando el paquete de cigarrillos y ofreciéndole.

—Creía que sí —gimió—. Pero ahora llega usted.

Encendimos los cigarrillos. Me senté a su lado, en el peldaño. Era una noche oscura y cálida en la que apenas había un leve soplo de aire. En otras circunstancias podría haber sido agradable sentarse allí sin hablar, aspirando el aroma de los cercanos jardines del Disney Park.

—Bueno, ¿qué es lo que quiere? —pidió, incapaz de guardar silencio por mucho rato.

—No lo sé. He venido con la idea de que tal vez a usted se le ocurra algo que nos ayude.

—Ustedes, los policías, creen que los demás están a su disposición. Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

No me molesté en aclararle que yo no era policía.

—Tómelo con calma. Esto no es nada oficial —le dije—. Tan sólo un cambio de impresiones.

—No le entiendo. ¿Quiere formularme más preguntas?

—No exactamente. Pero tal vez si le ayudo pueda recordar algún detalle interesante. Por ejemplo; el ruido que le atrajo a la sala de exposición. ¿Qué pudo ser?

Tardó un poco en responder:

—No lo sé. Primero tuve la impresión de una puerta mal cerrada, moviéndose a impulsos del viento.

—Esta noche no hacía viento.

—Ya lo sé. Ésa fue la primera impresión. Después al entrar en la sala comprendí que no podía haber sido el viento, pero entonces vi la puerta abierta y... Bien, imaginé que me había olvidado de cerrarla.

—¿Le ocurre a menudo olvidarse de cerrar las puertas?

—Nunca. Por eso me ha extrañado. Después..., mientras estaba cerrando la puerta, he oído el quejido procedente del ataúd. A mí no me impresionan los *tiosos*, ¿usted sabe? Uno se acostumbra a ellos y acaba que ni siquiera piensa en los muertos una vez terminado el trabajo del día. No obstante, aquel quejido me puso los pelos de punta.

—Lo comprendo.

—No creo que lo comprenda usted. Yo estaba convencido de que el cadáver que había en el ataúd era el de míster Richardson, al que apenas hacía unas horas había terminado de embalsamar. *Yo sabía* que aquel fiambre no podía quejarse, ¿se da cuenta? Eso me estremeció. Y luego... cuando al volverme vi aquella maldita mano apartando la tapa y engarfiándose en el borde del féretro... ¡Madre mía! Todavía me parece estar viéndola.

Se estremeció como si tuviera frío. Aspiré el humo del cigarrillo y dije:

—Eso es natural, por muy bien templados que tenga uno los nervios. Yo mismo pegué un salto cuando lo vi. Ahora bien, a lo que yo voy es a identificar el ruido que le atrajo a usted.

—¿Por qué?

—Para saber si en aquellos instantes los criminales todavía estaban ahí dentro.

—Ya veo —murmuró, ceñudo—. Sí, creo que debió ser el ruido que hicieron al volver a colocar la tapa lo que llamó mi atención. Pero al oírme llegar se marcharon, dejando la puerta abierta. Eso debe haber ocurrido.

—Es más que probable.

Tiré el cigarrillo a medio fumar. Había otros detalles que me intrigaban y estuve examinándolos mentalmente antes de proseguir.

—También sería interesante averiguar por qué eligieron su funeraria, míster Braham. No es posible que vinieran aquí por casualidad. Esa gente no acostumbra a cometer esos fallos.

—¿Qué quiere decir?

—Apuesto que antes de decidirse por su funeraria, estudiaron el terreno y los riesgos que podían correr. Debieron espiar sus costumbres, enterándose de que vivía solo y de que a partir de una hora determinada no quedaba nadie lo bastante cerca para verlos... Y lo mismo debieron hacer en otros varios establecimientos del ramo antes de decidirse por el de usted.

—Pues maldita sea la gracia que me hace su elección. ¿Por qué me escogerían a mí, santo cielo? Otra nohecita como la de hoy y sería capaz de traspasar el negocio, créame.

Asentí con un gesto, distraído. Quizá fuera posible llegar a un resultado positivo con un poco de suerte.

—¿Recuerda usted los visitantes que ha tenido estos últimos días, míster Braham?

—¿Mis visitantes? Sí, naturalmente...

—Imagino que la mayoría habrán sido gentes que deseaban encargarle el entierro de algún familiar. ¿Es así?

—Claro, es mi trabajo.

—Lo sé, pero ahora trate de recordar a alguien que le haya visitado con cualquier otro pretexto.

Arrugó el entrecejo. El cigarrillo casi le quemaba los dedos, pero no parecía advertirlo, concentrado en sus recuerdos.

Finalmente murmuró, sacudiendo la cabeza:

—No ha habido ninguno. Todas han sido visitas relacionadas con mi negocio.

—Está bien, está bien, pero alguna de esas visitas no llegó a ponerse de acuerdo con usted para encargarle el trabajo. Quizá le diera la excusa de que su establecimiento era demasiado caro, o cualquier otro pretexto. ¿Recuerda a alguien que obrara de ese modo?

Esta vez apenas sí tuvo que pensarlo.

—Pues, sí... Hubo uno.

—Ajá. Hábleme de ese hombre.

—Eran una pareja —me rectificó—. Se les había muerto un abuelo y estuvieron mirando los modelos de féretros, los precios de cada tipo de servicio y los gastos que les acarrearía la incineración. Les di todos los datos que me pedían, pero no parecieron quedar muy satisfechos. Acabaron diciéndome que lo pensarían, así tendrían tiempo de consultar las tarifas de otras funerarias, y que en todo caso me llamarían para darme la orden.

—No me parece un comportamiento lógico en quien tiene un familiar de cuerpo presente.

—Por regla general, los familiares del difunto vienen, ajustan el precio y acaban haciéndome el encargo. No les gusta andar de una funeraria a otra comparando precios. Saben por adelantado la categoría del establecimiento que quieren.

—Siendo así, esos dos le llamarían a usted la atención. ¿No fue así?

—En efecto, aunque entonces no les di importancia. Ahora es cuando creo que llevaban otras intenciones, al recordarlos.

—Supongo que no serían conocidos de usted —aventuré.

—No los había visto nunca.

Sacudí los dedos, expulsando la punta del pitillo cuya brasa le había llegado a la piel. Estaba chupándose el dedo cuando le hice otra pregunta.

—¿Sería usted capaz de reconocer a esa pareja si volviese a verlos?

—No estoy seguro... Probablemente...

—¿Le hicieron preguntas sobre otros temas ajenos al servicio que andaban buscando?

—No... En realidad, era la muchacha quien hablaba conmigo. Parecía llevar la voz cantante en el matrimonio. Ni siquiera le pedía a él su opinión.

—¿Y qué hacía el hombre mientras tanto?

Se irguió un poco, como si quisiera aumentar su escasa estatura.

—Ahora que usted lo pregunta —murmuré, pensativo— me doy cuenta que ni siquiera permaneció a mi lado... Parecía distraído, mirándolo todo. Ya sabe, uno de esos tipos curiosos y entrometidos...

—Seguro que era el encargado de reconocer el terreno. Se trazó

un plano mental del lugar. Eso viene a reafirmar mi idea primitiva de que ése ha sido un crimen cuidadosamente premeditado. Necesitaba matar a ese hombre, y debía ser lo bastante importante para intentar que fuera enterrado de la única manera definitiva; metiéndolo en un ataúd que sería bajado a la tumba y nadie se preocuparía jamás de él.

—Eso me parece acertado. Cuanto más pienso en aquella pareja, más sospechosa encuentro su manera de comportarse.

—Vayamos a otro punto —dije, animado por lo que estábamos obteniendo—. La puerta trasera, por la que han entrado y salido los asesinos. Y dando por sentado que usted la cerrara antes de retirarse a su vivienda, han debido forzarla. ¿Sabe si los peritos han hallado en ella algún rastro que demuestre que ha sido forzada?

—Ninguno. Los compañeros de usted también me lo han preguntado. Sea como sea, no hay duda de que han utilizado una llave.

—¿Cómo pueden haber obtenido una llave para esa cerradura?

Se encogió de hombros. Sacó un paquete de cigarrillos y de nuevo encendimos los dos. Tras la primera aspiración de humo, dijo:

—Y es una cerradura «Yale», del último modelo.

Eso me dio mucho que pensar.

—¿Quién tiene llaves de esa puerta?

—Solamente yo —afirmó—. La mujer que viene a hacer la limpieza tiene una de la vivienda, que es por donde entra, pero nada más.

—¿Y ese ayudante de que ha hablado usted?

—¿Danny? No; él no tiene ninguna llave. Cuando entra a trabajar, ya estoy yo levantado.

—No hay duda de que alguien se ha apoderado de una llave capaz de abrir esa puerta. Pueden haber hecho un duplicado si previamente se han provisto de un molde de cera... ¿Es de confianza ese Danny?

—¡Oh, sí! Hace años que trabaja conmigo. En realidad, es un infeliz que no sabe nunca cuándo ha bebido bastante. Pero entre los de nuestro trabajo abundan los aficionados a beber más de la cuenta. El manejar cadáveres y más cadáveres, da al traste con los nervios de cualquiera.

—Deme sus señas. Quiero hacerle unas preguntas.

—Vive en Sanford Street, dos mil quinientos seis. Eso está cerca de Culver City.

—Pues tiene un buen trayecto para acudir al trabajo.

—Toma el autobús cada mañana. El no posee coche.

—Está bien, creo que lo sacaré de la cama.

Me levanté, y el hombrecillo me acompañó a través de la acera. Ya no parecía tan abatido como a mi llegada.

Esperó a que me acomodase en el auto antes de despedirse. Agité la mano y lancé el coche por la avenida a una velocidad reñida con las normas de tráfico, pero tenía un largo recorrido si quería charlar un poco con el ayudante del enterrador.

Pensé que debería telefonear a Sam para darle cuenta de mi entrevista con el hombrecillo, pero ya que estaba metido en el asunto, tanto daba llamarlo después de hacerle unas preguntas al borrachín de marras.

Llegué a la conclusión de que yo también bebería mucho más de la cuenta si tuviera que andar todo el día manejando fiambres, embalsamándolos y...

Al diablo; ya comenzaba a estar harto de cadáveres. Eran demasiados para una sola noche.

CAPÍTULO IV

El individuo ocupaba una de esas casitas que se construyeron hace unos cincuenta años, con la optimista impresión de que siempre podrían gozar de la paz e independencia de aquella época. Pero diez años más tarde surgieron a sus lados edificios de cinco o seis pisos que les estropearon el paisaje, y poco después ésa y todas las demás, incluidas las de pisos, se vieron hundidas en un mar de cemento y acero que en la actualidad amenaza asfixiarlas.

La fachada tenía grandes trozos en los que había caído el estuco, estaba sucia y a nadie parecía importarle. Un jardín parecido al de una casa de muñecas la rodeaba, como aplastado por los muros que se elevaban a ambos lados. No parecía que nadie cuidase de él.

Lo atravesé y llamé a la puerta. No había ninguna luz en la casa. No se encendió ninguna después de llamar, ni nadie acudió a la puerta.

Seguí probando durante un minuto. Al fin me decidí a dar la vuelta por el jardín. Las hierbas ralas, secas y tiesas, rozaban dolorosamente mis tobillos.

Una ruinoso puerta cerraba la entrada por la parte trasera. Una tabla clavada de cualquier manera la cruzaba para evitar que se desmontase, y sus trozos fueron a hacer compañía a la basura que cubría el suelo de aquella parte del jardín.

Tras probar una de las ventanas comprobé que podía abrirse fácilmente. Lo hice, y un escandaloso chirrido resonó en la oscura estancia. Quedé inmóvil, escuchando, pero nada sucedió.

Una vez dentro perdí unos segundos tanteando a mi alrededor para no derribar los muebles. Podía haberme ahorrado el trabajo, porque según comprobé pronto, apenas si había ninguno.

Cada vez con menos precauciones, recorrí parte de la casa sin

resultado, hasta que, al disponerme a empujar una puerta, percibí un monótono ronquido que delataba la presencia del inquilino.

Entré en el dormitorio. Al encender la luz capté una visión de un cuarto desordenado y con evidentes muestras de que su ocupante no era muy cuidadoso en lo que atañe a la limpieza.

Sobre la mesita de luz había una botella mediada de *whisky* barato y un vaso sucio. En la cama, el hombre dormía profundamente sin que ni la luz que pendía del techo pudiera molestarle.

Acercándome a él, lo miré durante unos instantes, asqueado por el olor que se respiraba allí dentro. Tras una vacilación, le sacudí sin contemplaciones, igual que a un saco de patatas.

Gruñó y refunfuñó una cantilena incomprensible, pero no despertó todavía. El *whisky* debía mantenerlo en algún lugar tan profundo del que no podía emerger.

Ni siquiera se había quitado los pantalones. Llevaba también una camiseta que en algún tiempo debió haber sido blanca. La utilicé para agarrarlo firmemente y levantarlo hasta dejarlo sentado en el lecho.

Pero tan pronto lo solté volvió a caer hacia atrás y su cabeza rebotó sobre la almohada. Buena la llevaba.

—¡Despierta, Danny! —exclamé, furioso—. Vamos, arriba...

Le abofeteé sin violencia las mejillas, y su cabeza osciló de un lado a otro. Eso, y el oír mi voz, produjo cierto efecto, porque balbució casi sin mover los labios:

—No me achuches... Te digo que lo pensaré, Tony...

—¿Qué es lo que pensarás? —pregunté con voz fuerte.

—Ese maldito coche... Ya te diré si lo compro o no... Es demasiado coche para mí...

Calló, y de nuevo, la pesada somnolencia le dominó. Tuve que sacudirle repetidamente para que al fin diera más señales de vida.

—¿Qué pasa? —Gruñó, haciendo titánicos esfuerzos para despegar los párpados.

—¡Espabílate, Danny! Quiero hablar contigo.

Tiré de él y lo dejé sentado. Se bamboleó de un lado a otro, pero esta vez conservó el equilibrio y, tras un parpadeo, sus turbios ojos intentaron enfocarme.

—¿Quién demonios...? —farfulló.

—¡Arriba, Danny!

Le ayudé a poner los pies en el suelo, y casi a rastras lo llevé hasta el cuarto de baño que había descubierto antes. Allí acabé de desnudarlo sin que ofreciera resistencia, lo coloqué bajo la ducha y abrí el grifo de agua fría, dejándolo allí debajo y regresando al dormitorio con las ropas que le había quitado.

Hubo un estallido de maldiciones en todos los tonos. Aproveché para registrar los bolsillos de su traje. Excepto un rollo de billetes, no había nada de interés. Pero el rollo contenía exactamente quinientos diez dólares en billetes de diez y veinte.

Terminaba de contarlos cuando el ruido de la ducha cesó de golpe. Tuve el tiempo justo de volver a meter el dinero en el bolsillo antes que el borracho apareciese en el marco de la puerta.

—¿Quién demonios es usted, y qué se ha creído que está haciendo aquí? —estalló, todavía con la lengua insegura, tanto como sus piernas por lo menos.

—Vístete.

—¡Oh, al diablo! Quiero saber quién es usted y cómo ha entrado.

—Quieres saber demasiadas cosas a la vez, muchacho.

No pasaría de los treinta años, pero por su rostro amarillento y arrugado parecía mucho mayor. Los ojos enrojecidos, los pálidos labios temblorosos, y sus inseguras manos delataban al alcohólico impenitente. Su mirada era opaca, como si hubiera una fina y sucia película ante sus pupilas.

Con pasos vacilantes se acercó a la cama. Entonces pareció darse cuenta por primera vez que estaba desnudo y barbotó una obscenidad, mientras se apoderaba de los pantalones y se embutía en ellos.

—Voy a llamar a la policía —decidió de repente.

—Okey, adelante —le animé—. Pregunta por el teniente Sam Belford. Es quien se encarga del caso.

Se sobresaltó, pero inmediatamente recobró su apatía.

—¿De qué caso está hablando?

—Del asesinato en la funeraria.

Casi se levantó del lecho, sin embargo se obligó a sí mismo a continuar sentado. Sus manos temblaban y sus labios se movían continuamente, aunque ningún sonido brotaba de ellos. Para

mantener las manos ocupadas se dedicó a buscar sus ropas, vistiéndose con dedos torpe.

Estaba luchando con las mangas de la camisa cuando inquirió:

—¿Es usted policía?

Saqué la credencial del bolsillo. Si uno no se detenía a examinarla con detalle, podía pasar por oficial. Se la mostré rápidamente, sin hablar, y volví a guardarla.

—Y ahora empieza a hablar, muchacho —le aconsejé—. Será mejor para ti.

—¿De qué quiere que hable? No sé nada de ningún asesinato. Y será mejor que me deje ver sus papeles, compañero. Estos días no me fío de nadie.

Me había pillado. Contemplé su mano extendida, luchando con mis deseos de aplastarle la nariz con un buen puñetazo. Pero no podía pasarme de rosca en un asunto que ni siquiera era de mi incumbencia, así que hice una mueca y confesé:

—Está bien, no soy policía, pero sí detective privado. Estoy trabajando en ese asunto desde un punto de vista marginal. Pero si prefiere tratar con la policía, no tengo inconveniente en llamar al teniente.

—¡Un sucio fisgón!, ¿eh? Voy a echarlo de aquí a tal velocidad que ni siquiera se dará cuenta.

Se levantó de la cama, dispuesto a hacer lo que decía. Pero había olvidado que un alcohólico no puede presumir de dureza precisamente.

Lo dejé que se acercase lo bastante para cazarlo con un golpe corto que lo tiró de espaldas sobre el lecho, donde rebotó, dio una voltereta y se deslizó por el otro lado. Tardó unos segundos en volver a asomar la cabeza por encima de la cama, con los ojos desencajados como los de un loco. Me miró desde allí con ansias asesinas, pero repentinamente, las arcadas le vencieron y volvió a desaparecer. Escuché el sucio concierto durante unos instantes. Después se hizo el silencio, y dentro del infecto cuarto hubo ya otra fuente de pestilencia.

Cuando el beodo se levantó pude ver que su cara estaba tan pálida que daba pena. Bamboleándose, rodeó la cama y fue a sentarse delante de mí.

—Hijo de perra —barbotó, pasándose la manga por los labios.

—Repítelo y te aplastaré. ¿Quién te pagó por hacerlo, Danny?

—No sé de qué me habla.

—No empieces otra vez. Puedo sacudirte de tal manera, que los huesos te cambien de sitio, pero quiero darte la oportunidad de echarlo fuera pacíficamente; así que decide, muchacho.

Bamboleó la cabeza de un lado a otro, como aturdido. Luego murmuró:

—Está tratando de liarme. No diré una palabra de nada. No diría nada aunque supiera de qué está hablando.

—Mira, Danny, no eres el tipo capaz de llevar adelante un asunto como ése. Y ahora, escucha bien y te darás cuenta de lo embrollado que estás —añadí con firmeza, dando la sensación de que estaba seguro de saberlo todo—. En primer lugar, eres un triste empleado de una funeraria. Nunca has podido reunir dinero suficiente para poseer un coche ni de tercera o cuarta mano. Y ahora te dispones a comprarle un auto de lujo a Tony, así, sin más ni más. Aparte de eso, llevas en el bolsillo quinientos y pico de dólares... Y no me digas que has acertado en las carreras de pencos porque te llamaré embustero.

Su cara tomó un color gris sucio. Por lo visto, le había acertado justo en el punto débil.

—¿Cómo... cómo lo sabe? —balbuceó.

—No te preocupes por eso; lo sé, y eso es suficiente. ¿Vas a escupir todo lo que sabes de una maldita vez, Danny?

Negó con un movimiento de cabeza.

—No sé nada —murmuró.

No había duda de que estaba asustado y desconcertado. No era más que un pobre infeliz.

Cuando creyó que su voz le respaldaría dijo, para animarse a sí mismo:

—Usted no puede pegarme..., no tiene autoridad para interrogarme siquiera..., y usted lo sabe muy bien... Presentaré una querrella contra...

—Para el carro —le atajé—. Puedo hacer que te interroguen la policía, y tendrás que responderles a ellos. Y no te tratarán muy bien que digamos.

Siguió negando con la cabeza, en un movimiento instintivo. Tan pronto creía pisar tierra firme como vacilaba visiblemente. Los

vapores del alcohol debían haberle reblandecido el cerebro.

Reflexioné sobre la mejor manera de manejar a semejante piltrafa. Si se hubiese tratado de un caso «mío» podría haberlo sacudido hasta obligarle a revelar lo que sabía, si es que sabía algo realmente valioso. Pero era un asunto de la policía y no les gustaría nada que les entregara a un individuo hecho polvo, con visibles señales de haber recibido un vapuleo. Eso pondría a los chicos de la Prensa en el disparadero.

Finalmente, llegué a la conclusión de que lo más acertado sería llamar a Sam y dejar que él sacara la información del borracho. Yo ya había hecho bastante por amor al arte.

—Okey, Danny —decidí a regañadientes—. Tú te lo has buscado.

Me miró con temor. Había que confiarlo un poco, dejarle que se cociera en su propia salsa; así es que, ya desde la puerta, añadí:

—Te doy de tiempo hasta la mañana. Entonces volveré aquí, y si continuas con la boca cerrada, te las entenderás con la policía. Piénsalo, si es que te queda cerebro suficiente para eso.

Salí y cerré con un portazo.

Anduve a través de las oscuras habitaciones hasta la puerta, la abrí y atravesé el descuidado jardín hasta la triste calle. Aparte de las amarillentas luces espaciadas a lo largo de las aceras no brillaba una sola ventana, ni la cristalera de un bar o una farmacia. Pensé que debía haber telefoneado a Sam desde la casa que acababa de abandonar, pero era preferible dejarle un tiempo a Danny para que su inquietud creciera hasta dominarlo por completo. Creyendo él que tenía de tiempo hasta el día siguiente, no pondría pies en polvoroso, y se quedaría allá, rumiando la amenaza que pendía sobre su cabeza.

Me alejé a buen paso, doblé la esquina, y cinco minutos después descubrí un tugurio, cuyas luces rojizas se extendían por la calle igual que una mancha.

Entré y pedí un *whisky*. Mientras el adormilado mozo se movía detrás del mostrador, me encerré en la cabina telefónica y marqué el número del Depósito de Cadáveres. Tenía la esperanza de que Sam todavía estuviera allí, pero el tipo que atendió mi llamada dijo que ya se había marchado, de manera que colgué, introduje otra moneda y llamé a su despacho.

Tan pronto oí su voz malhumorada, comprendí que se

encontraba en uno de sus malos momentos.

No obstante, y sin dejarle tiempo de hablar, le conté rápidamente mi conversación con el dueño de la funeraria y mi visita al borrachín. Sin duda le interesó mi relato, porque apenas callé, quiso saber:

—¿Crees que ese tal Danny es quien facilitó un molde al asesino?

—O eso, o trabó la cerradura para que no encajara en su ranura cuando el viejo fuera a cerrar la puerta. Lo que no ofrece dudas es su repentina prosperidad, Sam.

—Está bien; ojalá hayas acertado, porque en este maldito asunto estoy totalmente a oscuras. ¿Dónde te encuentras ahora?

—En un bar, pero maldito si conozco estos contornos. Aguarda un minuto; voy a preguntarle al mozo.

Asomé la cabeza y llamé al barman para que me dijera el nombre de la calle y el número del bar. Acto seguido se lo dicté al teniente y esperé a que hubiese tomado nota.

—Espérame ahí, Howard —decidió Sam—. No tardaré más que unos minutos.

—¡Eh, un momento! —exclamé—. Éste es un caso tuyo. Por mi parte, ya he hecho todo lo que estaba en mi mano, de manera que voy a acostarme...

—Nada de eso. Tú me presentarás a Danny.

Colgó de golpe para evitar mis protestas.

Regresé al mostrador. Sólo había dos clientes más sentados a una mesita. Hablaban animadamente de los resultados de Santa Anita, y uno de ellos tomaba notas en una hoja de papel, consultando de vez en cuando la página del periódico en que estaban los programas de las carreras.

Probé el *whisky* y tuve la sorpresa de comprobar que no era tan malo como había supuesto. Encendí un cigarrillo, terminé con el vaso y pedí otro.

Entró una muchacha de aspecto equívoco. Pensé que estaba perdiendo el tiempo en aquellos parajes. La contemplé reflejada en el espejo, y me sorprendió darme cuenta que era bonita y joven, una juventud que conseguía abrirse paso a través de la espesa capa de maquillaje. Tenía unos ojos grandes y descarados, con exageradas pestañas que aleteaban como alas de mariposa. Lástima

de chica.

Se encaramó al taburete colocado a mi lado. El mozo sonrió de oreja a oreja al acercarse a ella.

—¿Como siempre, Perla? —inquirió, embobado.

—Sí, Johnny, gracias.

Su voz era profunda y bien modulada. Me dije que debía ser relativamente nueva en el «oficio». No tenía el amargo desgarró de las profesionales.

El mozo manipuló en la cafetera y le preparó un café negro. Lo sirvió con gran ceremonia, y después colocó una copa al lado de la taza y escancié *whisky* en ella.

—Eso entona —comentó, deseando que ella le hablase.

—Quita el sueño —rió la muchacha.

No había duda de que el mozo bebía los vientos por ella. Aunque a juzgar por la actitud de Perla no parecía tener muchas probabilidades, a menos, naturalmente, que enarbolase sus buenos dólares como salvoconducto.

Estuve unos instantes contemplando los esfuerzos del tipo para hacerse simpático, pero ella decidió que ya lo había aguantado bastante y se desentendió de él. Ya debía saber que no había negocio por aquel lado.

Volví la cabeza para admirar sus largas piernas, que tenía cruzadas mostrándolas generosamente. Cuando levanté la cabeza sorprendí al escrutinio a que me tenía sometido. Sus ojos estudiaban cada detalle de mi indumentaria con sorprendente descaro. Finalmente, nuestras miradas se encontraron y ella sonrió.

Yo dije:

—¿Te muestro la dentadura también, para que calcules mi edad?

Su sonrisa se animó.

—Prefiero calcular tu poder adquisitivo —soltó descaradamente

—. Soy una chica práctica, ¿sabes?

—Si es así, no pierdas el tiempo conmigo, Perla.

El mozo me dirigía miradas asesinas. Le hice una seña y me sirvió otro *whisky*, pero de muy mal talante.

Ella volvió a la carga tan pronto el barman se alejó.

—Tú eres forastero, seguro. No te había visto nunca por estos barrios. Y conozco todos los bares como la palma de mi mano... ¿Cuál es tu nombre?

—Howard.

—Nombre de persona importante.

Se echó a reír.

—Ahí es donde equivocas el camino, niña. En todo caso, el nombre es lo único importante que hay en mí.

—No empieces a llorar, querido... Todos los hombres hacen lo mismo y me aburren. Creen que así consiguen las cosas más baratas.

—¿Tienes mucha experiencia sobre eso?

Su mirada se clavó en mi cara con intensidad. Casi llegué a la conclusión de que su aparente descaro era fruto de su juventud.

—Dejémoslo —dijo de repente—. Creo que me he equivocado contigo.

No tuve tiempo de decirle que era así porque un coche frenó en la calle con un chillido de neumáticos. Un instante después, Sam empujó la puerta y entró con pasos recios.

—Vaya andurriales —rezongó, instalándose en un taburete, a mi derecha—. ¿Qué tal es el *whisky* en esta pocilga?

—Puede beberse —dije—; aunque los hay mucho mejores.

Pidió de beber. Cuando lo tuvo delante, comenté:

—La gente cree que los policías no beben estando de servicio.

—Eso dicen en la televisión. Pero yo llevo catorce horas de servicio hoy, compañero, así que al diablo.

Engulló el *whisky* de un trago. Empezó a toser y maldijo entre dientes. Después gruñó:

—Vamos a ver a ese angelito. Es mi única esperanza en este caso. Si cobró por facilitarles la entrada...

Saltó del taburete sin acabar la frase. La muchacha refunfuñó:

—Ya me parecía a mí que... Realmente, ésta no es mi noche.

—Eres muy joven —dije como despedida—. ¿Por qué no cambias de vida?

—¡Ésta es buena! El Ejército de Salvación y todo eso...

Sam hizo una mueca de disgusto y me empujó hacia la salida. Ella todavía exclamó:

—Vuelve por aquí, chico. Me gusta hablar contigo...

Se cerró la puerta y su voz se extinguió. Sam me miró de reojo.

—¿Te gusta esa clase de ganado? —indagó con un gruñido.

—No. Pero alguien debería hacer algo por esas chicas, cuando

son tan jóvenes.

—No me vengas con cuentos. Nunca te has preocupado de la moral, que yo sepa.

Empuñó el volante y condujo siguiendo mis indicaciones hasta detener el coche frente a la casa de Danny.

—Todo esto es deprimente —refunfuñó—. No comprendo cómo el Municipio no ha derribado este barrio de una maldita vez.

—Hace quince años que vienen proclamando que lo harán todo nuevo... Tengo la esperanza de que sea cierto cuando mis nietos anden por sí solos.

Dejamos de hablar para llamar a la puerta. Al primer golpe, ésta se abrió dejando ver el negro interior.

—Ahora recuerdo que no la he cerrado al salir —dije, entrando sin titubeos.

Sam me siguió, esforzándose por no tropezar en la oscuridad.

—No parece habernos oído —murmuró.

—Seguramente habrá terminado con la botella que tenía y estará borracho otra vez.

El dormitorio estaba a oscuras, de manera que tanteé la pared en busca del interruptor que ya conocía y le di vuelta. Sam comentó:

—Con esa pestilencia debe estar asfixiado...

Se calló al encenderse la luz. Danny estaba tendido en la cama, pero no estaba borracho. Sus dedos agarrotados se habían inmovilizado al arañar su propio cuello... El cuello que un alambre rodeaba como una serpiente, tan profundamente hundido en la carne que apenas si era visible. El rostro amoratado del desgraciado era una máscara espeluznante en la que destacaba la negruzca lengua.

Danny jamás volvería a emborracharse.

CAPÍTULO V

Una vez más en aquella condenada noche había contemplado el metódico trabajo de los peritos de la Brigada de Homicidios. Había escuchado las órdenes de Sam y resistido el ajetreo que todo ello llevaba consigo.

Finalmente, me había decidido a abandonar el interior de la sucia vivienda, de manera que cuando Sam me imitó, unos minutos más tarde, me encontró en el jardín fumando nerviosamente un cigarrillo.

—¿Qué han encontrado tus muchachos? —indagué sin entusiasmo.

—Nada. Únicamente que parece ser que el individuo telefoneó a alguien poco antes de morir. El auricular del teléfono muestra sus huellas todavía húmedas y grasientas.

—El muy tonto... Debe haber telefoneado al tipo que le sobornó para informarle de mi visita y pedirle instrucciones. Y esa gente no se anda por las ramas a la hora de cerrar una boca... ¿De dónde ha salido ese alambre que tenía al cuello?

—Es un trozo corriente, como los hay a montones en todos los solares de la ciudad. Nada por ese lado.

—No debí dejarlo solo —refunfuñé—. Uno no puede saber nunca qué hará un borracho como ése...

—Bueno, no sirve de nada lamentarse. No era asunto tuyo después de todo, Howard.

Encendió un cigarrillo y contempló el grupo de mirones que los agentes mantenían alejados de la verja. Repentinamente, me sentí cansado y soñoliento, casi aburrido.

—Me largo —dije—. Voy a meterme en la cama y dormir hasta que me canse. Te llamaré por la mañana para saber cómo te van las

cosas.

—Okey, yo también haría lo mismo si pudiera... ¡Maldito oficio!

Lo dejé refunfuñando contra toda la humanidad. El grupo de curiosos se movió un poco para poder verme, creyendo sin duda que era un oficial encargado del caso, pero me alejé de ellos hacia donde tenía mi coche. Ya tenía bastante por una noche.

De pronto escuché unos pasos rápidos que se acercaban a mí, y antes que pudiera volverme una mano se cerró en mi brazo y la voz profunda de la muchacha del bar murmuró:

—Estoy segura que vas a invitarme a un trago, hombre importante.

—¿De dónde sales, niña?

—Estaba contemplando toda la agitación. ¿Es cierto que han matado a alguien?

—Sí.

—¿Eres policía?

—No.

—¡Pero estabas con los *polis*...! ¿A quién se han cargado?

—A un desgraciado. Un borrachín empleado en una funeraria.

—¡Caray! Es terrible. ¿Qué pintas tú en todo esto?

La miré de reojo. Se había colgado de mi brazo y parecía muy interesada.

—Nada. Yo había hablado poco antes con la víctima... Tengo amistad con la policía, eso es todo.

—Estás tomándome la cabellera, amor, pero no me quejo. Sé que no deben hacerse preguntas. ¿Qué me dices de un trago?

—No tengo ganas de beber.

—¡Pero yo sí! —protestó—. No seas tacaño, amor. Es sólo una copa...

Habíamos llegado al lado de mi coche. Me detuve y la miré a la cara. Me pareció demasiado joven y bonita para estropearse de semejante manera.

—Estás perdiendo tu tiempo conmigo, Perla —afirmé—. No soy de los que compran la carne a peso.

—Ya me he dado cuenta. Sólo te pido un *whisky*, eso es todo.

—Okey, si te conformas con eso.

Anduvimos hasta el bar donde la había conocido. El mozo no se alegró precisamente de vernos, pero nos sirvió lo pedido y fue a

colocarse al otro extremo de la barra.

Perla murmuró:

—Dime..., ¿qué eres tú, Howard?

—Detective privado.

—¡Oh!

—¿Tienes algo contra los investigadores privados?

—No. Me gustan cuando los veo en la televisión.

—Ya veo.

—¿Estás trabajando ahora?

La miré y me eché a reír. Sus grandes ojos expresaron un claro reproche dirigido a mi burla.

—No en ese crimen —acabé por decir—. Mi trabajo se reduce a buscar a una chica que desapareció.

—¿Sí?

—Olvidalo. No es nada divertido como tema de conversación.

—Yo conozco a muchas chicas —murmuró.

—Y yo, pero no me sirven de nada esos conocimientos.

—No, claro...

Se quedó pensativa un rato, mientras bebía su *whisky* a pequeños sorbos. Hasta que quiso saber:

—¿Quién quiere encontrarla, Howard?

—Su madre. Y hablemos de otra cosa más divertida.

No me hizo caso. Sólo dijo tras un largo suspiro:

—A mí nadie me buscaría si desapareciera de la ciudad...

—Bueno.

Me miró con expresión de reproche.

—¿Eso es cuanto se te ocurre?

—¿Y qué quieres que diga? Ya tengo bastantes preocupaciones con mis propios asuntos.

—Por regla general, los hombres se interesan mucho más por mis problemas. Me hacen preguntas y... y se sienten importantes si les hago confidencias y les dejo que me aconsejen.

—Seguro, pero apuesto que mientras eso sucede no se están quietos precisamente.

—¡Oh, al diablo contigo! Eso forma parte del juego.

—Está bien, niña. Dejémoslo.

Hice una seña al mozo y saqué unos billetes. Ella murmuró apresuradamente:

—Hay algo raro en ti. ¿Me llamarás por teléfono si te doy mi número?

—¿Para qué?

—Bueno...

—Ya te he dicho que no me gusta hacer las cosas así, Perla.

—Podríamos tomar unas copas tan sólo. ¿Sabes una cosa, querido? Me gustaría tener a alguien con quien salir, y hablar, sin que forzosamente tuviera que considerarme como un objeto en venta. No se enterarían de eso y...

—¿Quiénes no se enterarían?

Se sobresaltó, pero añadió enseguida:

—Nadie. Ha sido una manera de hablar... ¡Bueno, al diablo! No veo por qué tanto misterio. Tengo que estar en mi apartamento a determinadas horas por si me llaman.

—Sigo sin entenderte. ¿Quiénes tienen que llamarte?

—Los que... Bien, los que me proporcionan «trabajo».

—Ya veo...

—Me instalaron el apartamento —confesó—. Hay muchas chicas que hacen lo mismo, pero yo prefiero salir por mi cuenta también, así no tengo que ceder parte de mis ingresos a nadie, excepto cuando proceden de las llamadas.

—Ya he oído hablar de esas organizaciones —refunfuñé—. Una especie de mercado de esclavas del siglo Veinte.

—¡Oh, bueno! No es tan terrible después de todo...

El mozo me devolvió el cambio, dejé unas monedas sobre el mostrador y salté del taburete.

Perla se apresuró a hacer lo mismo y se colocó a mi lado cuando salí a la calle. Ya en la acera dije:

—Mira, pequeña; eres encantadora y me gustas, pero ya te he dicho que pierdes el tiempo conmigo y...

—Tonterías.

Abrió su bolso y revolvió en su interior. Cuando sacó la mano me entregó una pequeña cartulina.

Examiné la tarjeta. Había unas señas y un número de teléfono. En un ángulo, y en letras diminutas, su nombre: Perla Miller.

—Okey, Perla —accedí al fin—. Tal vez te llame un día de éstos.

Sonrió y se quedó allí viendo cómo me alejaba.

Conduje rápidamente por las desiertas calles hasta el

aparcamiento privado del «Venice Apartments», donde yo vivía. Quince minutos más tarde estaba en la cama luchando con mi alborotada mente para poder dormir. Los pensamientos se agitaban y el sueño me atormentaba, y cuando finalmente logré sumirme en una pesada somnolencia, lo hice asaltado por extrañas pesadillas en las que los cadáveres llevaban la voz cantante. ¡Condenada noche...!

A la mañana siguiente desperté con un dolor de cabeza tremendo. Tomé dos aspirinas, bebí un balde de café negro e hice cuanto pude por alejarlo, pero seguía atormentándome cuando entré en mi oficina.

En el pequeño buzón adosado a la puerta encontré una nota del encargado de noche en la que me daba cuenta de las insistentes llamadas de una mujer, muy interesada en hablar conmigo, pero que se había negado a dar su nombre.

Eso no me preocupó mucho. Si realmente le interesaba hablar conmigo ya volvería a intentarlo, de manera que dejé la nota a un lado y me dispuse a escribir a la mujer de Pomona para informarla del fracaso de mis gestiones.

Había escrito la mitad del informe cuando el teléfono repiqueteó insistentemente. Con un gruñido de disgusto por la interrupción, lo descolgué de un manotazo.

—McNeil al habla —dije, mientras seguía pensando en la manera de dorarle la píldora a la destinataria de aquella carta.

Una voz de mujer llegó hasta mí.

—¿Míster McNeil, el detective? —preguntó.

—Exactamente.

Me pareció escuchar algo semejante a un largo suspiro, y tras eso hubo una pausa. Dejé de preocuparme de la carta para prestar más atención a mi comunicante.

—¿Qué puedo hacer por usted? —La animé.

—Tengo que asegurarme... —La voz vacilaba. Me pareció que esas palabras correspondían más a un pensamiento expresado en voz alta que a un comentario destinado a mí. No obstante, la desconocida habló nuevamente, y lo que dijo a continuación sí me iba destinado sin lugar a dudas—: ¿Recibió usted una carta de *mistress* Martyn, de Pomona?

Me enderecé súbitamente.

—Sí.

—Léamela, por favor.

Estupefacto, miré el auricular como si él pudiera sacarme de mi asombro.

—Un momento —dije—. ¿Quién es usted y cuál es su interés por esa carta?

—¡Oh, por favor! Quiero estar segura de que estoy hablando con la persona que... Por favor —repitió—. Léame esa carta y así sabré exactamente que es usted.

Reflexioné rápidamente. Llevaba ya mucho tiempo en el oficio para sorprenderme fácilmente, pero aun así la cosa me desconcertaba.

—Está bien —dije repentinamente—. Pero la tengo en el archivo. Tendrá que aguardar un poco mientras voy a buscarla.

—Dese prisa...

—¿Fue usted quien trató de comunicarse conmigo anoche?

—Sí. ¡Oh, Dios mío, sí! Una y otra vez estuve llamándole...

—Bien, voy por la carta.

Dejé el auricular sobre la mesa y salí disparado del despacho. Había un teléfono en el pasillo y marqué frenéticamente el número de Sam, en la central policíaca...

Los segundos que pasaron hasta que obtuve comunicación se me antojaron siglos, pero finalmente, la voz del teniente carraspeó al otro lado.

No le di tiempo de pronunciar una palabra y le espeté rápidamente:

—Escucha bien, Sam; hay alguien comunicando conmigo por teléfono a mi despacho. Averigua de dónde procede esa llamada exactamente. Me comunicaré contigo tan pronto termine de hablar. Date prisa.

—¡Pero, oye...!

Colgué y regresé corriendo al despacho. Saqué la carta en cuestión del cajón de mi mesa escritorio y tomé el auricular.

—¿Está usted ahí todavía? —indagué.

—Sí, sí...

—Okey, escuche; voy a leerle la carta...

Lo hice a continuación, muy despacio para dar mayor margen de tiempo a Sam Belford para hacer sus gestiones.

Tan pronto finalicé la corta lectura, mi comunicante murmuró:

—Eso es..., ahora sé que es usted.

—En eso me lleva ventaja, señora, porque yo sigo ignorando con quién hablo.

—Mi nombre es Allison Martyn.

—¿Martyn? ¡Cielos! La muchacha a la que estoy buscando...

—Eso es, míster McNeil. Necesito su ayuda y... Estoy en un apuro.

—Está bien, haré cuanto pueda. ¿Dónde está usted?

—No puede usted venir aquí...

—Tonterías. Dígame desde dónde llama y estaré a su lado en unos minutos. ¿Qué clase de apuro es el suyo?

—No puedo contarle todo por teléfono. Será mejor que nos veamos esta noche. Acudiré donde usted me diga.

—¿Por qué esperar hasta la noche? Ya he perdido demasiado tiempo estos últimos días. ¿Dónde está usted ahora?

—¡No, no...! Se lo explicaré todo, pero no puedo salir de aquí hasta que haya anochecido... Tengo miedo, míster McNeil, mucho miedo. Temo que alguien pueda vigilarme y sería el fin. Dígame dónde podré encontrarle cuando sea de noche.

Comprendí que no conseguiría nada tratando de convencerla, de manera que para ganar tiempo, dije:

—No sé, estoy muy ocupado. Si supiera dónde está podríamos fijar un punto de cita cercano a su domicilio...

Titubeó a juzgar por su silencio, pero tras unos instantes, decidió:

—En cualquier lugar del Sunset Boulevard, cercano a Hill Road. Eso queda cerca de donde me encuentro ahora...

—Perfecto. A las diez estaré en el bar del «Sandy's».

¿Le parece bien?

—Conozco el lugar...

—Muy bien. Ahora dígame cómo podré identificarla.

Nuevo titubeo. Mientras aguardaba la respuesta, me dije que su voz delataba algo muy semejante al miedo...

—Llevaré un vestido azul —dijo de pronto—. Soy rubia, míster McNeil. Creo que con eso será suficiente.

—Ya conozco el color de su pelo por la fotografía que tengo de

usted, pero en la barra de un bar no puedo estar consultando una foto cada vez que entre una mujer. ¿A las diez, Allison?

—Sí.

Y colgó el aparato.

Esperé un instante, el tiempo de encender un cigarrillo, y tras esto llamé a Sam otra vez.

—¿Lo has conseguido? —indagué tan pronto estuvo al habla.

—Sí. ¿En qué lío te estás metiendo ahora?

—Ninguno. Se trata de la muchacha que ando buscando. Ya te hablé de ella anoche.

—Sí... Bueno, el teléfono desde el que te han llamado es Hollywood, 4 — 8712, y está registrado a nombre de «Madison Apartment». ¿Tienes suficiente?

—Gracias, Sam. Con eso me pagas mis desvelos de anoche por llevarte de un lado a otro.

—Pues sí que tu ayuda fue como para echar las campanas al vuelo... A propósito, hemos identificado al fiambre.

—¿Cuál de ellos? Los vimos en abundancia...

—Al que estaba en el féretro. Nos va a llevar de cabeza este asunto, muchacho.

—¿Quién era, Sam?

—Avery Goldberg, el hijito de papá.

—No entiendo... ¿Quién es el papá?

—Míster Lewis Goldberg, uno de los más influyentes potentados de Hollywood.

—Te ha caído buena —comenté, irónico—. Éste es uno de esos casos en que te ascienden de golpe o te piden la dimisión.

—Ya he pensado en eso... Suerte, Howard.

—Igualmente.

Colgué y quedé un rato pensativo. Me preocupaba el misterio de que se rodeaba la muchacha que me había llamado. También me tenía intrigado el hecho de que ella supiera que yo estaba buscándola. Le di vueltas a eso en mi mente, recordando los pasos que había dado en los últimos días, desde el momento en que había visitado el domicilio de Allison Martyn...

Creí hallar la solución al pensar en eso, pero como la cosa no me gustaba tal como estaba desarrollándose, decidí moverme un poco para asegurarme del terreno que pisaba.

Cerré el despacho, dejé abierta la salita de espera y me lancé a la calle.

La dirección que mi cliente de Pomona me había facilitado en su carta, correspondía a una de esas casas de huéspedes tan abundantes en Hollywood, exclusivamente femeninas, y cuya clientela se renueva constantemente.

La propietaria me reconoció en cuanto abrió la puerta.

—Usted otra vez —dijo, disgustada—. No me diga que todavía está buscando a Allison.

—No —dije—. Ya la encontré. Pero desearía hacerle un par de preguntas respecto a ella.

—No sé nada ni quiero saber nada tampoco. Ya le dije cuando estuvo aquí la primera vez, que no me gustan los detectives privados. Siempre acaba una envuelta en conflictos si los escucha...

—No se dispare. Sólo deseo saber si Allison ha estado aquí después de mi anterior visita.

—Sí —dijo secamente—. Vino hace dos noches a recoger su correspondencia.

Eso lo aclaraba todo.

—Supongo que tendría alguna carta esperándola...

—Una. Había llegado el día anterior. De su madre. Pero ni siquiera tuvo la gentileza de disculparse por la absurda manera de comportarse. No comprendo a esas chicas de ahora...

—Gracias, señora. Eso es cuanto deseaba saber.

Ya me disponía a irme cuando ella comentó:

—Me gustaría saber qué es lo que está tramando esa chica... Hay demasiados hombres interesados por ella. No es... decente.

Me volví en redondo, como si me hubieran empujado.

—¿De qué está hablando? —exclamé.

—Bueno... Después de usted estuvieron aquí dos hombres más preguntando por ella. Y tampoco me gustaron.

—¿Vinieron juntos o por separado?

—Juntos.

—¿Qué fue lo que le dijeron?

Me miró como a un bicho raro.

—Lo mismo que usted —refunfuñón Querían hablar con ella, saber dónde paraba... Cuánto tiempo llevaba ausente; en fin, las mismas tonterías que usted. Y con la misma falta de modales.

—Ya veo...

Por lo visto, eso era cuanto la mujer deseaba decir, porque dio un paso atrás y cerró la puerta en mis narices.

Me alejé, pensativo. No me gustaba nada el asunto tal como se presentaba. ¿Por qué tenía miedo la muchacha? Recordé la conversación telefónica, diciéndome que a juzgar por sus palabras parecía como si alguien estuviera vigilándola...

Tomé una decisión y conduje el coche despacio, reflexionando profundamente, mientras tomaba la dirección de Fountain Avenue y Fairfax, que era donde estaban los «Madison Apartment». Faltaba demasiado tiempo hasta la noche para aguardar con los brazos cruzados.

CAPÍTULO VI

Era un monumento de cemento, aluminio y cristal erigido recientemente. Todo en él era nuevo y escandalosamente llamativo en una ciudad en que hasta el polvo lo es, quizá para ocultar lo que hay de pestilente bajo él.

Lo contemplé desde la otra acera, un tanto sorprendido de que la muchacha pudiera permitirse el lujo de vivir en semejante palacio. Si uno tenía en cuenta lo que la madre decía en su carta, Allison Martyn era una sencilla empleada que regularmente le mandaba una pequeña cantidad todos los meses para subvenir a las necesidades de la mujer...

Sin embargo, el alquiler mensual de un apartamento en aquella colmena de lujo, debía costar como mínimo el sueldo de seis meses de una empleada.

Encendí un cigarrillo. Advertí una extraña sensación en mis nervios, algo que yo conocía bien y que no me gustaba en absoluto.

Era indudable que ella temía ser espiada, seguida por alguien que quería hacerle daño. Por lo menos, eso se desprendía de sus palabras. Bueno; si en eso había algo de cierto, el espía tendría que encontrarse en la calle, situado en un punto desde el que pudiera vigilar la entrada del edificio. Me felicité por mi impulso de pedirle a Sam que averiguara el origen de la llamada.

No había mucha gente en las aceras a aquella hora, de manera que un hombre parado en las cercanías no dejaría de llamar la atención. Eché a andar pausadamente y recorrí los alrededores sin ver ninguno.

Bien; quedaban los coches estacionados a ambos lados de la calle. Comencé a examinarlos discretamente. Casi todos estaban vacíos. En uno, un chofer negro leía el periódico cómodamente

instalado con la portezuela abierta y las piernas colgando fuera del lujoso vehículo.

En otro, un «Dodge», último modelo, una mujer como esas que salen en las portadas de las revistas de Hollywood, esperaba a alguien con impaciencia. Sus largos y bien cuidados dedos martilleaban sobre el volante igual que seres independientes, continua y regularmente.

Y en un sedán azul oscuro vi a un individuo que también parecía estar aguardando a alguien, aunque éste no daba muestras de impaciencia. Fumaba tranquilamente, y durante los minutos que estuve observándolo, advertí con cuánto interés seguía con la mirada a toda mujer que pasaba al lado de su coche. De vez en cuando, se inclinaba y dejaba caer una frase susurrada si la muchacha de paso estaba lo bastante cerca para oírle. No me pareció el vigilante que cabía temer.

Por un momento estuve tentado de entrar en busca de Allison Martyn y salir de dudas, pero pensé que igualmente tendría que indagar su apartamento, y eso haría que mi presencia fuese advertida al instante.

Perdí casi una hora más tratando de descubrir a los posibles espías, pero no obtuve mejor resultado. El galanteador del sedán azul se había marchado ya en compañía de una atractiva joven. El chofer negro continuaba leyendo el periódico y la elegante mujer nerviosa seguía aumentando su impaciencia a medida que transcurría el tiempo.

Ningún otro posible sospechoso había llegado, tampoco en ese tiempo, de manera que regresé al coche, lo saqué del estacionamiento y volví a la oficina dispuesto a esperar las diez de la noche para salir de dudas.

Fue un día tedioso, pesado y enervante. Uno de esos días en que uno lo echaría todo por la ventana y se largaría a cualquier playa donde chapuzarse a gusto sin pensar en nada más que en huir del calor.

A las ocho me llamó Sam por teléfono. Advertí cierto matiz inseguro en su voz, y tras los saludos le acucí.

—No te andes con rodeos —dije—. Tú no me has llamado para interesarte por mi salud. ¿Qué es lo que anda mal?

—Bueno, no hay nada que ande bien, si vamos a eso. Pero acabo

de recomendarte a un posible cliente.

—¿Un cliente para mí?

—Eso es.

—¡No me digas! ¿Qué te pasa, Sam, has bebido más de la cuenta o algo así?

—Déjate de chistes —gruñó—. El tipo iba a encargar el asunto a un detective privado. Estaba decidido, ¿comprendes? Por eso le he recomendado que fuera a verte a ti...

—Ya veo. Presumes que si me encarga su caso podrás sacarme los detalles. ¿Es eso?

—Poco más o menos. El cliente se llama Lewis Goldberg.

—Bueno, no sé quién... ¡Eh! —exclamé, atónito—. ¿No es ése el nombre que has mencionado esta mañana?

—Exacto. El padre del muchacho asesinado en el ataúd.

—¡Que me cuelguen si lo entiendo! ¿Qué diablos quiere que haga un detective en este asunto?

—El cree que los polizontes somos una manada de bueyes sin cerebro.

—¿Es eso lo que te ha dicho? —pregunté, esperanzado.

—No, pero no ha sido necesario que lo dijera. Lo ha dado a entender perfectamente.

—Aunque sea así, sigo sin comprender qué puedo hacer por él. ¿O pretende que investigue yo el crimen?

—Eso es sólo una parte de lo que quiere. Ya te lo contará él mismo. Lo que deseo es que me tengas informado de tus pasos una vez te hagas cargo del asunto. Se trata de un asesinato, y por mucho dinero que pasea Lewis Goldberg, nos corresponde a nosotros aclararlo. Además..., no parece que le haya afectado mucho la muerte de su hijo. Más bien da la impresión de que lo considera una mancha para su estirpe, ya sabes lo que quiero decir.

—Así que es de esos...

—Sí. Será preferible que aguardes en tu despacho hasta que él llegue.

—Le extraña que esté aquí todavía.

—No, si le cuentas cualquiera de tus historias. Eso es todo, Howard. ¿Qué tal va el asunto de esa muchacha del teléfono?

—Bien. Ya nos veremos, Sam.

—Puedes tenerlo por seguro.

Colgó sin más despedidas.

Estuve pensando en el nuevo embrollo hasta que el potentado hizo su entrada en mi despacho. Era un hombre de gran estatura, corpulento sin ser gordo, bien conservado y vestido con lo más caro que nuestras tiendas podían proporcionarle, aunque no fuera de muy buen gusto.

Una espesa mata de pelo gris coronaba su orgullosa cabeza.

Se detuvo en medio del despacho, mirando a su alrededor con evidentes muestras de disgusto por lo que veía. Una mueca de desdén pareció quedar estampada en su cara tostada por el sol.

Tal vez fue por esa mueca que me quedé sentado, mirándolo descaradamente y sin despegar los labios. Fue él quien tuvo que romper el hielo.

—¿Usted es McNeil? —Gruñó, acercándose a la mesa.

—Sí. Siéntese.

Lo hizo con sumo cuidado, sin dejar de examinarme. Tenía unos ojos fríos y analíticos, despiadados. Vagamente, me dije que no me gustaría tenerlo como enemigo.

—Alguien me ha hablado de usted —empezó con voz seca.

—Lo sé. Acaba de llamarme por teléfono la misma persona.

—¿EL teniente Belford? —exclamó.

—Sí.

—Debí suponer que eso era una especie de celada...

Se levantó, muy digno. Seguí sin moverme, pero antes que pudiera retroceder un paso, empecé a hablar:

—Siéntese y escuche por lo menos. Eso no va a costarle un céntimo. El teniente Belford me ha dicho que usted desconfiaba de la efectividad de la policía, que pensaba contratar a un detective privado y algunas cosas más. Ahora bien, míster Goldberg, el teniente le ha dado mi nombre por dos razones concretas: la primera, que soy un investigador hábil y con una experiencia de muchos años en estos trotes...

—¿Y la segunda razón? —Gruñó a regañadientes.

—Que él cree que gracias a nuestra amistad, podrá estar enterado de todo cuanto yo averigüe.

—Eso he supuesto cuando usted me ha revelado que él se había puesto en comunicación con usted. Ya comprenderá que por esa razón no es usted el hombre que me conviene.

—Yo no he dicho que vaya a hacerle el juego al teniente.

Entrecerró los ojos y se echó un poco hacia adelante, sorprendido.

—¿Quiere hacerme creer que se negaría a colaborar con su amigo policía?

—Acostumbro a trabajar para mis clientes, míster Goldberg, no para la policía.

—No puedo creerlo...

—Muy bien. En la guía telefónica encontrará usted docenas de detectives ávidos de sacarle los cuartos. Buenas noches.

Abrió la boca. Volvió a cerrarla, y sus dientes chasquearon como un cepo. Bruscamente, avanzó un paso y se dejó caer en la silla.

—Una última pregunta antes de decidir —murmuró—. ¿Le ha dicho el teniente Belford quién soy yo?

—Sí.

—Creo que nos entenderemos —dijo con brusquedad—. Por lo general, los que me conocen emplean otro tono al hablar conmigo.

No dijo nada, limitándose a mirarlo con calma. Se removió en la silla y gruñó al fin, inquieto:

—¿Conoce usted algo del asunto que me ha traído aquí?

—Muy poco. Yo estaba con el teniente cuando encontró el cadáver de su hijo, míster Goldberg. Eso es todo, y no creo que la policía sepa mucho más.

—Desgraciadamente, eso es cierto... Bien, pregunte.

—¿Quiere eso decir que va a contratarme?

—Naturalmente.

—Perfecto. ¿Qué relaciones existían entre usted y mi hijo?

Se irguió, molesto.

—Eso no tiene ninguna relación con su muerte —protestó.

—Yo decidiré lo que tiene importancia y lo que no la tiene.

Siguió callado unos momentos, reflexionando. Pero acabó por rendirse.

—Bien, no puede decirse que fueran muy cordiales. Realmente, él no era hijo mío. Yo me casé con su madre cuando el muchacho ya tenía diez años.

—Comprendo. ¿Enemistados?

—No es eso. El consideraba que mi manera de... digamos de vivir, no estaba de acuerdo con la suya.

—¿Por qué?

—Oh, bueno... Avery nunca supo amoldarse a nuestra posición social. No quería comprender que nuestra importancia económica nos elevaba por encima de una serie de convencionalismos.

—¿Vivía con usted?

—No. Tenía su apartamento en la ciudad.

—Deme la dirección de ese apartamento.

—1106, de Hamilton Avenue. Ocupaba el ático... Aunque nunca estuve allí...

—Hábleme de sus amistades, si es que usted las conoce.

—En absoluto. Hacía más de tres años que vivía por su cuenta. Lo único que sé es que pensaba casarse pronto, aunque nunca se molestó en presentarme a su prometida.

—¿Cómo se enteró usted?

Hizo una mueca de asco.

—Por una de esas chismosas que escriben en las revistas de Hollywood —dijo hablando despacio—. Me localizó en una fiesta y quiso que yo le dijera quién era la novia. La mandé al infierno.

—Su hijo... ¿Tenía dinero propio?

—Una asignación mensual procedente de la herencia de su madre. No obstante, yo ingresaba cada mes una cantidad en su cuenta para que no pudiera decir nunca que no me había preocupado de su manutención.

—Ya veo... ¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—Hace mucho tiempo..., tal vez seis meses o más. Coincidimos en un estreno.

—¿El iba solo o le acompañaba su novia?

Le acompañaba una mujer. Siempre había alguna a su lado. Pero no era su novia.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque yo sé quién era ella. Una de esas que... —se interrumpió, buscando las palabras cuidadosamente. Luego añadió —: Ya sabe, una de esas chicas que acuden para animar las reuniones de hombres solos, o las conversaciones de negocios... En fin, tal como las llaman vulgarmente, una mujer de teléfono. Naturalmente —se apresuró a añadir—, era de categoría, usted sabe...

Le miré sin disimular mi disgusto. Incluso sentí la tentación de

mandarlo al diablo y rechazar el encargo, pero mis finanzas no me permitían semejante lujo, así que asentí con un gesto y dije:

—¿Puede usted decirme algo más que crea interesante para mis pesquisas?

—Mucho me temo que no.

—¿Ha comprobado la cuenta de su hijo? Me gustaría saber si había sacado grandes cantidades últimamente.

—Ya he pensado en eso. No, míster McNeil. Está en orden. Sus últimos cheques son completamente normales, poco más o menos como los que acostumbraba extender regularmente.

—Bien, haré cuanto pueda, míster Goldberg. Aunque debo decirle que no puede esperar milagros de mi actuación. La policía posee más medios que un privado para esclarecer un crimen.

—Lo sé, pero no ponen el interés de un hombre al que esperan cinco mil dólares si resuelve el caso.

Pegué un brinco al oír esto.

—¿De qué está hablando?

—De la cantidad que recibirá usted si aclara el asunto. Aparte de sus honorarios acostumbrados, naturalmente. No quiero que el bastardo que ha hecho eso pueda reírse de los Goldberg.

—Ya veo.

Se levantó, sacó un fajo de billetes impresionante y separó algunos, que dejó descuidadamente sobre la mesa.

—Creo que como anticipo serán suficientes. Quiero sus informes diariamente, míster McNeil, a esta dirección.

Me entregó una tarjeta con unas señas de Beverly Hills.

—Comprendido —balbucí—. Los tendrá usted.

Estrechó mi mano y se fue, andando con su altivez acostumbrada.

Conté el dinero y vi que había mil dólares. Como anticipo, la cosa empezaba bien. Y si uno pensaba en los cinco mil...

Descendí de mis ensueños y guardé el dinero en la caja fuerte. Después apagué las luces y abandoné el despacho precipitadamente. Tenía el tiempo justo para cenar algo en cualquier parte antes de acudir a la cita con Allison Martyn.

Empezaba a tener demasiadas cosas en qué pensar.

CAPÍTULO VII

El

«Sandy's»

es uno de esos lugares confortables, discretamente lujosos, a los que muy raras veces acuden manadas de turistas que acostumbran a invadir Hollywood a la caza de celebridades. Tal vez por eso mismo, muchas de esas piezas de caza lo frecuentan asiduamente, relativamente seguras de que podrán gozar de unas horas de tranquilidad.

Desde mi puesto en la barra pude localizar a varias de las «estrellas» que encandilaban a la gente desde las pantallas de la TV. Otros grandes nombres del cine podían descubrirse en las mesas o en la pequeña pista de baile, tenuemente iluminada.

El joven, atildado y sonriente barman, colocó el segundo Tropical delante de mí. El suave color dorado del ron predominaba en la mezcla en su justa medida.

Saboreé la bebida y seguí paseando la mirada a mi alrededor, en espera de Allison Martyn. Pasaban diez minutos de la hora en que nos habíamos citado, cuando la vi. Llevaba un vestido azul tan ceñido al cuerpo, que parecía pintado sobre él. Y era un cuerpo que tenía donde ceñirse. Su cabellera rubia enmarcaba una cara de facciones tan bellas, que uno se preguntaba cómo no estaba ocupando el trono de Hollywood.

No tuve necesidad de consultar la fotografía para nada. La reconocí al instante, aunque dándome cuenta de que el original superaba la imagen fotográfica.

Cuando se acercó al mostrador, lo hizo moviéndose cadenciosamente, con un suave balanceo de sus caderas de ánfora y andando de tal manera, que más parecía flotar en el aire. Me gustó

comprobar que todas las cabezas masculinas se volvían a su paso y que no pocos ojos la devoraban con la mirada.

Me mantuve quieto, sin dar señal alguna de haberla reconocido. Me interesaba mucho ver si alguien parecía seguirle los pasos.

Sentí un tirón en mis nervios cuando vi aparecer a la pareja detrás de ella. Realmente, no tenían nada de extraordinario como pareja en sí, excepto que la elegante mujer era la misma que yo había visto dentro de un coche, frente a la casa donde vivía Allison.

Tan pronto me convencí de que estaba en lo cierto, dediqué mi atención al hombre. Era un tipo de unos treinta y cinco años, recio y de hombros como un estadio, aunque se movía elásticamente. Tuve la impresión de que su corpulencia no se debía precisamente a una vida sedentaria. Casi podían vérselo los músculos a través de la ropa.

Los seguí con la mirada hasta que tomaron asiento a una mesa, no muy lejos del mostrador. Apuré el resto de mi bebida y volví la cabeza justo para ver a la muchacha.

Se había encaramado a un taburete y hacía esfuerzos para mantenerse tranquila, aunque sus dedos inquietos jugaban incesantemente con el cierre de un pequeño bolso. No miró a su alrededor ni una sola vez.

Dejé unos dólares sobre el mostrador y el mozo se apoderó de ellos tan rápidamente, que casi dudé de que hubieran estado allí. Tras esto, me acerqué a Allison justo cuando iniciaba un número lento y melódico la orquesta.

No se dio cuenta cuando me detuve detrás suyo.

—¿Bailamos, Allison? —dije con voz suave.

Noté el sobresalto que sufrió, pero se volvió lentamente y me miró fijo. Un ligero titubeo y saltó del taburete.

Al llegar a la atestada pista, la rodeé con mis brazos y resultó algo sumamente agradable. Esa clase de trabajos siempre me habían gustado.

—Cálmese —le susurré—. Soy Howard McNeil.

—Lo he supuesto cuando ha pronunciado mi nombre... No... no estoy nerviosa.

—No diga tonterías. Siento su cuerpo tenso como un cable en mis manos. ¿Se ha dado cuenta que la venían siguiendo?

—¡No! —gimió.

La estreché un poco más contra mí. Era una sensación deliciosa, a pesar del temblor de su magnífico cuerpo.

—Una pareja —murmuré junto a su oreja—. Están ahora sentados a una mesa y no nos pierden de vista. Simule una conversación banal, como si yo fuera un desconocido. ¿Qué pretende esa gente?

Tardó un poco en responder. Sobre mi mejilla sentía el suave roce de su cara, y en mi cuello aleteaba su aliento. La sangre golpeó con fuerza en mis venas y deseé que el baile durase horas y horas.

—Es terrible —suspiró de pronto—. Pero no puedo contárselo todo aquí, así...

—Dígame una cosa tan sólo. ¿Cree que esa gente e té dispuesta a emplear la violencia? Me hace pensar que el miedo que la domina...

—Sí... ¡Oh, sí, lo harán!

—Es cuanto deseaba saber. La sacaré de aquí tan pronto termine el baile.

Noté perfectamente cómo su cuerpo se relajaba un poco. Aspiré el perfume que se desprendía de ella, tan suave como un sueño, pero penetrante como una droga. Vagamente, me pregunté si sería realmente un perfume o el aroma de su cuerpo, tan apretado al mío que habría podido dibujarlo de memoria.

Cuando acabó el número, la orquesta abandonó el pequeño escenario para dejar paso a otra, de manera que hubo un corto intervalo.

Anduvimos lentamente hacia el mostrador, como una pareja cualquiera después de un encuentro fortuito.

—Tómese su bebida sin prisas —dije—. Después saldremos con toda tranquilidad.

—¿Y si... si quieren impedirlo? —balbució.

—No creo que lo hagan. Más bien tratarán de seguirnos, pero eso no es problema. Yo me entenderé con ese caballero de la cara marcada.

—¿Marcada?

—Tiene una cicatriz en la mejilla. ¿Lo ha visto usted alguna vez?

Sacudió la cabeza, negando, y se llevó la copa a los labios. Algunas gotas se derramaron a causa de su nerviosismo.

Hice una seña al mozo y aboné la consumición. Ella dejó la copa y tomó el pequeño bolso. Le di las últimas instrucciones.

—Si veo que se levantan para seguirnos, nos detendremos en el vestíbulo. Usted se mantendrá apartada de mí mientras yo le digo unas cuantas verdades a nuestro amigo. Si en lugar de seguirnos, se quedan tranquilos, eso indicará que tienen a alguien esperando en la calle y en ese caso tendremos que descubrir al nuevo espía. ¿Comprendido?

—Sí, confío en usted...

—Buena chica, vamos.

Echamos a andar pausadamente. Mi mano sujetándola por el brazo era un freno para sus deseos de apresurar el paso. Antes de llegar a las cortinas que separaban el salón del vestíbulo advertí cómo la pareja se levantaba y venía detrás nuestro. Hablaban y reían despreocupadamente, aunque quizá exageraban un poco la nota. No obstante, representaban bien su papel.

Pasamos las cortinas. El vestíbulo estaba desierto. Sólo al otro lado de la puerta de entrada se veía al portero uniformado paseándose de un lado a otro con aire aburrido.

—Colóquese junto a la pared, rápido —le ordené.

Lo hizo, y yo me quedé plantado frente a las cortinas, de manera que tan pronto el hombre las apartó ambos me descubrieron. Esta vez no pudieron disimular su sobresalto. Una leve vacilación prolongó su permanencia bajo los cortinajes. Fue la mujer quien primero reaccionó y avanzó, mirando en torno para localizar a la muchacha.

El hombre la siguió, ya resuelto. A él le cerré el paso.

—Con calma, compañero —le espeté sin rodeos—. Voy a llevarme a esa chica de aquí, y para eso no necesito escolta.

Se irguió, como si acabara de insultarle.

—¿Está usted borracho? —farfulló.

—Es posible. Y ahora, escuche: Si vuelvo a tropezarme con usted o con su linda pantalla, será mejor que vayan ustedes protegidos por un par de pistoleros «de verdad». De momento, vuelvan al salón y quédense allí hasta que cierren. ¡Vamos, vivo!

Apretó las mandíbulas y sus puños cerrados parecieron impacientarse por entrar en acción. La hermosa dama se había colocado a su lado y sus grandes ojos parecieron querer fulminarme.

—Voy a responderle de manera que...

No acabó la frase. La interrumpió en seco cuando sintió el duro contacto en su barriga. Entonces bajó los ojos y descubrió mi «38» firmemente sujeto en mi mano.

—Éste es el argumento que emplearé si se atreven a molestar a miss Martyn en lo sucesivo.

—¡Entrometido bastardo...!

Subí la mano como disparada por una catapulta. Lo malo para él fue que en la mano llevaba el revólver y fue el corto cañón lo que restalló en su mentón, tirándole la cabeza hacia atrás con tal fuerza, que el tipo trastabilló en el aire y se encontró debatiéndose con las cortinas. No consiguió agarrarse a tiempo y desapareció de la vista. El estrépito que produjo al caer al otro lado fue más que regular.

Yo ya había guardado el revólver cuando me encaré con la mujer que miraba los cortinajes como si no pudiera creer lo que había visto.

—Vaya con su compañero, pequeña zorra —la insté, empujándola suavemente—. Tengo la impresión de que la necesita.

Se apartó de mí como de una serpiente de cascabel y atravesó también las cortinas. Entonces miré a mi alrededor. Todo estaba tranquilo. Allison se acercaba a mí apresuradamente.

—Bueno, de momento nos hemos librado de la escolta, pequeña. Pero debemos darnos prisa.

Sujetándola por el brazo la llevé hasta donde había dejado el coche a mi llegada. Lo saqué del aparcamiento y salí disparado, dedicándome durante unos minutos a trazar complicadas figuras a través de cuantas calles se abrían a ambos lados.

—¿Qué está haciendo? —balbució mi acompañante.

—Asegurarme de que nadie nos sigue, y por lo que veo, es así. ¿Tiene inconveniente en que vayamos a mi apartamento? Allí podremos hablar con tranquilidad.

—Iré donde usted me diga...

Así fue como la llevé a mi leonera, donde por primera vez en mi vida advertí la falta de una mano femenina que ordenara aquel revoltijo hasta entonces tan cómodo para mí.

Preparé unos tragos y ella se dejó caer en un butacón. Un largo suspiro de alivio escapó de sus labios cuando le llevé el vaso con un *whisky* lo bastante potente como para reanimar a un moribundo.

—Y ahora —dije—, cuénteme sus apuros.

Sorbió un poco de licor. Parpadeó y un color rosado muy vivo inundó sus mejillas. Cuando el alcohol dejó de arder en su garganta, murmuró:

—¿Qué ha puesto en el vaso?

—Dinamita líquida —me instalé delante de ella, de manera que podía admirar sus largas y estilizadas piernas, exhibidas muy generosamente gracias al apretado vestido—. La escucho, Allison.

—Sí... Supongo que deberé contárselo todo desde el principio.

—Es la única manera de que pueda ayudarla.

Se dio ánimos con otro trago. Después dejó el vaso, le ofrecí un cigarrillo y tras exhalar la primera bocanada de humo, empezó:

—Realmente —dijo—, no sería preciso contarle toda mi historia desde que llegué a Los Ángeles. Entonces era una chica como tantas, llena de ilusiones y sueltos estúpidos. Como la mayoría de las que vienen aquí, pensaba conquistar Hollywood sin muchas dificultades. Pronto comprendí mi error. Tuve que aceptar toda clase de trabajos para salir adelante, aunque no me permitía ningún lujo, ni siquiera podía mandar nada a mi madre...

Suspiró al recordar el amargo pasado, pero enseguida prosiguió con acento resuelto, decidida a volcarlo todo:

—Unos meses de vivir así me convencieron de que estaba perdiendo el tiempo. Comencé a frecuentar otros ambientes, dispuesta a conseguir una prueba en Hollywood, o cualquier pequeño papel con tal de introducirme en el ambiente... Y entonces conocí a Percy, un ayudante de producción. Él me consiguió el primer papel, o por lo menos lo llamó así.

—¿Y bien?

—Era una simple figurante sin una palabra en el trabajo. Pero eso..., eso me costó muy caro...

Desvió la mirada y creí advertir un brillo sospechoso en sus ojos.

—Comprendo —dijo—. Siga.

—Sí... La verdad es que todavía no comprendo cómo me vi envuelta en esa clase de vida. Percy facilitó una serie de encuentros con personajes que, según él, eran los que podrían llevarme a la cumbre. De cada entrevista salí con algunos dólares más y un nuevo desgarrón en mi vida...

—Y empezó a mandar dinero a su madre, ¿no es así?

—Sí...

—Está bien, Allison, no se altere. Beba un poco más y continúe.

Casi apuró el vaso, aunque fue demasiado para ella y tosió. Las lágrimas que habían estado retenidas en sus ojos, se desbordaron y tuve que esperar hasta que logró serenarse.

Entonces siguió adelante con su historia:

—No conseguí ninguna prueba en los estudios, ni nada de cuanto había soñado y por lo que me había dejado hundir en... en esa ignominia. Después... todo se precipitó con la precisión de una máquina bien engrasada. Percy me llevó a una reunión, bebimos y me encontré envuelta en un terrible escándalo. Unos amigos de él me libraron de todo riesgo, pero una semana más tarde yo estaba «trabajando» para ellos.

—Ya veo...

—Instalaron un bonito apartamento para mí, y debía recibir en él a personajes que me mandaban. Siempre hombres importantes..., porque me consideraban lo bastante bonita para eso. Pero cuando esa belleza se hubiese marchitado, me habrían arrojado del apartamento y obligado a frecuentar uno de sus establecimientos. Poseen una cadena de bares y *cabarets* de distintas categorías y...

Su voz se cortó.

—Eso está perfectamente claro, Allison —dije, sintiendo que algo estaba revolviéndose en mi interior—. Conozco estos asuntos, aunque es la primera vez que puedo confirmar mis noticias de modo tan directo. Esos bastardos obligan a las mujeres a entregarles la mayor parte de sus ingresos, y a medida que ellas van envejeciendo y perdiendo atractivo, las fuerzan a alternar en tugurios de mala muerte. ¿Es así?

—Sí. Y no creo que tenga usted idea de lo que esos tugurios representan. Son la antesala del infierno, míster McNeil...

—Bien; vayamos al asunto que ha desencadenado esa persecución.

—Yo... Sí, se lo contaré todo —dijo entre dientes—. Traté de librarme de sus garras. Entonces me mostraron los documentos que yo había firmado aquella noche en que bebí más de la cuenta. Eran muy comprometedores para mí, pero aparte de eso, me encontré debiendo quince mil dólares a quienes me habían preparado el apartamento.

—¿Qué?

—Era el importe de la decoración, las reformas y los muebles que habían llevado allí. Pero todo había sido adquirido en mi nombre, y, según aquellos documentos, yo no lo había pagado todavía.

—Ya veo.

—Para que me dejaran libre, tenía que pagarles los quince mil dólares, mas lo que quisieran pedirme para destruir los papeles comprometedores. Y entonces conocí al hombre por el cual decidí romper con todo ese sucio pasado.

—Siga —la animé, al ver que se detenía, la voz rota por la emoción.

—Nos amamos casi desde el instante de conocernos. A medida que iba descubriendo en él al hombre que yo había soñado, iba también dándome cuenta de la cadena que me sujetaba a la organización de explotadores. Son poderosos y no se detienen ante nada... Creo que incluso son capaces de matar, si eso les ayuda en sus criminales negocios. Sin embargo, me las arreglé para entrevistarme secretamente con Avery y a pesar de la amenaza que pendía sobre mí, yo era feliz haciendo planes para el futuro, imaginando nuestro hogar, una vida honesta y tranquila junto a él...

—Antes de seguir adelante —la atajé—. Usted tenía un apartamento; sin embargo, la dirección que su madre conocía, y que me dio a mí, correspondía a la pensión donde usted recogió la carta en la que se enteró de mi nombre. ¿Cómo se explica esto?

—Conservo mi cuarto en la pensión, porque, de vez en cuando, me iba allí a pasar unos días. Era como una cura de reposo para mí. Además, servía para que mi correspondencia no llegase nunca al apartamento. Quería mantener secreto aquel pudridero.

—Comprendo.

—Y entonces, hace pocos días, todo se vino abajo. El dejó de llamarme, no pude comunicarme por teléfono con su apartamento y comprendí que la misma organización debía haberle informado qué había sido yo. Todo para apartarlo de mí, para seguir reteniéndome..., para seguir ganando dinero conmigo...

—Un momento. ¿Quiere decir que él se apartó de usted sin intentar una aclaración?

—Así fue. Habíamos quedado citados para el día siguiente... y

ya no acudió. Tampoco volvió a su apartamento...

Algo comenzó a zumbar en mi mente. ¿Qué nombre había pronunciado al referirse a su enamorado?

—Avery —respondió, cuando le hice la pregunta—. Debieron utilizar algo muy sucio para apartarlo de mí, míster McNeil, porque estoy segura de que me amaba sinceramente. Era un chico impresionable, pero de recio carácter, de esos que maduran sus sentimientos antes de dejarlos adivinar por nadie.

—El nombre completo, Alison.

—Sí, claro... Aunque, por favor, no lo complique en esto...

—El nombre —repetí tenso.

—Avery Goldberg.

Había estado esperando algo así desde hacía más de un minuto. No obstante, la certeza de mi sospecha me había golpeado como un mazazo.

Avery Goldberg. El muchacho que habíamos encontrado dentro del ataúd, asesinado. La cosa tomaba forma, aunque era una forma tétrica y reveladora de un poder secreto y vil, que no sería fácil destruir.

Ante mi silencio, ella prosiguió:

—No le guardo rencor a Avery, míster McNeil. Si le contaron la verdad, a su manera, ensuciándola más de lo que ya era de por sí... ¡Dios santo! Debe estar odiándome..., creyendo que me burlé de él.

—No puede odiarla, Allison.

—No comprende...

—Sé lo que quiere decir —mascullé con voz sorda—. Pero ese muchacho jamás supo nada malo de usted.

Esas palabras quedaron flotando unos instantes en el silencio que las siguió. Ella me miró con los ojos desorbitados, mientras la verdad luchaba para abrirse paso hasta su mente.

Finalmente, murmuró:

—No le comprendo...

—Avery Goldberg ha muerto, Allison. Y murió queriéndola, puede estar segura. Es más, creo que murió precisamente por amarla tanto...

Se levantó poco a poco, los ojos desorbitados por el terror. Sus labios temblaban y todas sus energías se concentraban en buscar la voz con que expresar el espantoso tumulto que se agitaba en su

pecho.

Todo lo que pudo hacer fue exhalar un largo gemido y desplomarse igual que muerta.

Me precipité a levantarla del suelo.

Comprobé que se había desmayado y la llevé en brazos hasta la cama, donde la deposité con cuidado antes de pensar en la situación.

Aturdido, la contemplé durante algunos segundos, mientras pensaba en la manera de hacerla reaccionar. Todo lo que se me ocurrió fue ir en busca de otro *whisky* puro y obligarla a beber un sorbo tras otro.

Unos minutos más tarde empezó a toser, las lágrimas inundaron sus mejillas, la comprensión entró en su cerebro y, al fin, estalló en sollozos, mientras se apretaba contra mí igual que una niña aterrorizada.

Pensé que llorando se tranquilizaría más pronto, así que la dejé tal como estaba, la cara oculta en mi pecho, y me esforcé por pensar con sentido común. Tenía materia suficiente para reflexionar a fondo.

Sin embargo, no resultó nada fácil, sintiéndola a ella estremecerse entre mis brazos.

CAPÍTULO VIII

—Total —farfulló Sam, tras escucharme sin una sola interrupción—. Esa organización, o sus asesinos a sueldo, mataron al muchacho, por temor a que, estando enamorado de Allison Martyn, tirara de la manta. ¿No es eso lo que quieres decir?

—Exacto. O quizá temieron que ella se fuera de la lengua. No olvides que ya había intentado librarse de ellos una vez, de manera que poca confianza debían tenerle.

—¿Dónde tienes a esa chica?

—De momento, escondida en mi apartamento. Pero tendré que buscarle un refugio más seguro. Si descubren mi identidad, no les costará mucho encontrarla allí. ¿Qué opinas de todo esto?

—Bien, por lo menos sabemos de dónde vienen los golpes. Sin embargo, Howard, seguimos sin saber por qué diablos metieron el fiambre en el ataúd... ¿O también tienes una explicación para eso?

—No, no la tengo. Es algo tan absurdo que no puedo siquiera imaginar una razón válida. Y tampoco sabemos quiénes dirigen ese infame negocio... Después de tranquilizar a Allison, he perdido más de una hora interrogándola en ese sentido, sin obtener ningún resultado. Sólo existe un eslabón que pueda conducirnos a los jefazos.

—Ya veo... El peliculero.

—Eso es —asentí—. Percy. El fue quien la colocó en manos de esa pandilla.

—Menos es nada —refunfuñó—. Aunque tendremos que ir con pies de plomo para no espantar la caza. ¿Has informado de esto a tu... cliente?

Le miré no muy seguro de sus intenciones.

—No —dije—. Lo haré por la mañana.

—¿Qué te pareció él?

—Un fatuo. Uno de esos tipos engreídos que se creen por encima del resto del mundo. Por otra parte, son unos bichos que abundan mucho en Hollywood, ya lo sabes.

Asintió con un gesto.

—No me extraña que su hijo prefiriese vivir por su cuenta... Yo en su lugar hubiera hecho lo mismo —afirmó secamente.

—A juzgar por lo que Avery reveló a la muchacha, sus relaciones con el padre eran algo más que tirantes. No se podían soportar. Además, no era realmente su padre, sino que se había casado con la madre de Avery cuando éste tenía ya diez años.

—Creo que iré a hacer una visita a ese Percy.... ¿Cómo has dicho que se llama...? Farley, eso es. Percy Farley.

—Opino que sería preferible que eso lo dejaras en mi mano, Sam —dije, mirándole fijo.

—¿Por qué pretendes hacer mi trabajo? Si está relacionado con los que cometieron el crimen...

—Yo podría obligarle a escupir cuanto sabe, y lo conseguiría mucho antes que nadie supiera que lo tenemos. Tú no puedes utilizar mis procedimientos... «persuasivos».

Casi se levantó de su sillón.

—¡Yo sé cómo hay que interrogar a esas sabandijas! —exclamó—. ¿Pretendes que te autorice a machacarlo hasta que suelte la lengua?

—No tienes por qué enterarte de cómo hago para que hable.

—Ni una palabra más —gruñó, saliendo de detrás de la mesa, decidido. Pero esbozó una ligera sonrisa cuando añadió—. Pero te permito acompañarme... extraoficialmente. De momento, mantendré secreto este asunto.

—Me parece que sería más rápido si fuera yo solo.

No hubo nada que hacer. Tuve que conformarme con ir con él y esperar que Percy Farley no tuviese los nervios lo bastante templados para resistir un interrogatorio de la policía.

No obstante, un solo vistazo al peliculero, como lo había calibrado Sam, me bastó para darme cuenta de que era un tipo escurridizo como una ardilla, uno de esos tipos fríos y que se saben todas las respuestas de memoria, incluso antes de que le hagan las preguntas.

Contemplé cómo Sam intentaba acorralarlo con preguntas directas, veladas acusaciones y claras amenazas.

No consiguió nada que pudiera servirnos. Fui poniéndome nervioso a medida que pasaba el tiempo. Yo habría arrancado la verdad de todo lo que el atildado fullero pudiera saber, porque estaba convencido que era uno de esos hombres incapaces de soportar el menor dolor, un cobarde que se escudaba detrás de su pantalla de responsabilidad, amparándose en las garantías de cuantas leyes pudieran favorecerle, pero sin respetar ninguna cuando el caso lo requería.

Exasperado, Sam lo sujetó por la pechera de su camisa. Alguno de los primorosos bordados de la pechera se desgarró a juzgar por el seco chasquido que produjo y eso enfureció a Farley.

—¡Suélteme! —chilló—. ¡No tiene derecho a ponerme la mano encima!

—Realmente —gruñó el teniente—, no sé muy bien cuáles son mis derechos. Pero apuesto que los suyos son proporcionar muchachas a la organización que las explota. ¿Son éstos los derechos de que puede usted hacer gala?

Al mismo tiempo lo zarandeó con violencia.

—¡Déjeme llamar a mis abogados! —bramó Farley—. ¡Voy a presentar una demanda contra ustedes! Todos los diarios publicarán este atropello y...

Sam lo soltó con un empujón y el tipo retrocedió dando traspiés.

—Creo que tendré que desinfectarme la mano —refunfuñó Sam, de mal talante—. ¿Qué crees que se puede hacer con un fulano como ése, Howard?

—Déjamelos a mí —dijo tan sólo.

Farley había buscado apoyo en una mesa. Vi su mano deslizándose hacia el teléfono, pero no llegó al aparato, porque salté en el aire y caí justo a su lado, gracias a lo cual, él se apartó de un brinco. Entonces tiré del cordón telefónico hasta arrancarlo de la pared.

Sam soltó una risita y comentó, como si fuera la cosa más natural del mundo:

—¿Te has dado cuenta, muchacho? Ese tipo se sabe —las leyes al dedillo, ¿eh? Conoce sus derechos, sabe que un policía no puede recurrir a la violencia para arrancarle una declaración... Es muy

ladino, ¿no crees?

—No necesitas una declaración, sino algunos nombres —le recordé con calma.

—Eso es cierto —me miró de una manera rara, al mismo tiempo que una débil sonrisa aleteó en sus firmes labios. Entonces dijo—: Me parece que voy a dejarlo correr. Me he cansado de mi esgrima verbal con ese chico listo.

—Comprendo, Sam... Nos veremos luego —sonreí, al darme cuenta de sus propósitos—. Tendrás que marcharte solo, ¿tú sabes? Le encuentro gusto a esta casa. Es lujosa, cómoda y hospitalaria. Se necesita una fortuna para mantener un palacio semejante. Me gusta.

—Okey, chico. Suerte.

Se dirigió a la puerta sin despedirse de Farley, que nos miró estupefacto. Esperé hasta que la puerta se hubo cerrado y entonces me acerqué al proxeneta sin apartar la mirada de su alterado rostro.

—Ahora nos entenderemos tú y yo, compañero —le anuncié.

—¡Eh, un momento! No puede tocarme. Su mismo jefe lo ha reconocido así...

—¿Mi jefe? Está en las nubes, Farley. Yo no soy policía... ¿Comprendes? De mí no hablarán los diarios...

Abrió la boca, asustado. Se la cerré de un «gancho» fulminante, que le cazó justo bajo el mentón. Sus mandíbulas chasquearon como un cepo que se cierra y el individuo salió volando para golpear de espaldas contra la pared. Allí se deslizó a lo largo de ella hasta quedar sentado en el suelo.

Sacudió la cabeza, aturdido. Gimió como un niño y sus turbios ojos me buscaron.

—Vamos, Farley, arriba —le animé—. No hemos hecho más que empezar.

Lo levanté como si fuera un muñeco. El aprovechó para mandarme un puntapié que de haberme acertado el lugar a que iba destinado, me habría dolido lo suyo, pero era indudable que el fulano era una nulidad como hombre de acción.

Lo arrojé contra la pared y me entretuve casi un minuto seguido abofeteándole con la mano libre. Empezó a chillar histéricamente, pero un puñetazo bien dirigido le aflojó los dientes llenándole la boca de sangre, con lo que los chillidos cesaron bruscamente.

Entonces lo solté y me aparté dos pasos, examinando el cuadro

con ojo crítico.

—¿Tienes suficiente, Farley, o seguimos así?

—No... no puede...

Le hundí el puño en el estómago sin piedad alguna. Si hubiera podido experimentar compasión para semejante alcahuete, se me habría disipado con sólo pensar en el destino que esperaba a las muchachas que él lanzaba en manos de los que controlaban la prostitución.

Cuando se dobló hacia adelante, boqueando en busca de aire, le asesté otro mazazo en los riñones y tuve el placer de verlo caer de rodillas, con las manos engarfiadas sobre su estómago. Apenas si podía respirar.

Cuando se enderezó un poco, sólo tuve que apoyarle la suela del zapato en la cara y empujar para que cayera de espaldas.

Allí quedó gimiendo y lloriqueando, barbotando obscenidades de vez en cuando, al recordar que yo no era policía y que por lo tanto no podía esperar piedad.

—¡Siéntate! —le grité brutalmente.

Lo hizo, pero necesitó no pocas contorsiones para conseguirlo.

Entonces le advertí:

—O respondes a lo que te ha preguntado antes el teniente, o te haré pedazos. Hasta ahora me he limitado a hacerte comprender mi manera de trabajar. ¿Qué decides?

Balbució un par de palabras, pero no hubo manera de entender lo que decía. Esperé pacientemente, pero aproveché el tiempo para encender un cigarrillo. Mis dedos temblaban e hice esfuerzos para disimularlo. No me gustaba golpear a un tipo que ni siquiera era capaz de defenderse, pero me gustaba menos todavía lo que él hacía con las desgraciadas que llegaban hasta su despacho cargadas de ilusiones de triunfo.

De repente murmuró con voz rota:

—Pregunte...

—Vas entrando en razón, ¿eh?

Asintió con un gesto. Yo dije:

—Hay una pandilla que controla la prostitución. Tú eres uno de los encargados de facilitar muchachas a esa organización. Quiero saber quiénes la dirigen, eso es todo.

—¿Imagina usted que ellos se dan a conocer a todo el mundo?

—mascullo.

—Ya supongo que no son tan tontos, pero tú no eres un cualquiera dentro de la pandilla. Te vales de tu cargo en la oficina de producción para engatusar a las pobres ilusas que caen en sus manos, les preparas la encerrona de costumbre y las entregas a tus jefes para que las exploten. Ya ves que sé el terreno que piso. ¿A quién llevas las mujeres?

Tras una corta vacilación, murmuró:

—A Joe Lacey.

—¿Quién es éste?

—Para mí, el jefe. Es quien me entrega el dinero.

—Inventa otra historia, Farley. Ese nombre me suena y creo recordar que no es nadie importante.

—Hay otros, claro..., pero él es quien da órdenes.

Me incliné hacia adelante y le acerqué el puño cerrado a los rotos labios.

—No empecemos otra vez —amenacé—. Ten presente que yo no he de dar cuenta a nadie de lo que haga contigo.

Se echó hacia atrás y comenzó a retroceder hasta quedar apoyado de espaldas con la pared.

—¡No me pegues más! —aulló, aterrorizado.

—De ti depende.

—Se lo diré —cedió finalmente—. Harold Jensen. Es el único de los «grandes» que conozco.

Algo se puso en movimiento en mi cerebro, tratando de identificar ese nuevo nombre.

—Jensen... —dije entre dientes—. ¿Quién demonios...?

—El fiscal suplente —murmuró casi sin voz.

Quedé helado. Ni por un instante se me ocurrió pensar que podía ser un embuste. La misma enormidad de aquella revelación la hacía verosímil, porque, puesto a mentir, no tenía ninguna necesidad de inventar algo tan explosivo como eso.

—Sigue hablando —le insté, impaciente.

—¿Qué más quiere? Jensen es el organizador de las plantillas de mujeres, aunque sin dar la cara, naturalmente. Lacey es el enlace. Esos dos son los únicos que conozco, los únicos con quienes he tenido tratos.

—Ya veo... —Le miré fijamente durante unos instantes, los

suficientes para asustarle un poco más, y entonces le espeté—. ¿Por qué se les ocurrió meter al joven Goldberg en un ataúd?

Quedó como mudo de estupor, incapaz de articular palabra. Estuve seguro de que no fingía en absoluto al negar todo conocimiento del hecho.

No obstante insistí un poco más, sólo para asegurarme sin lugar a dudas.

—Juro que no sé nada de eso...

—¿Tampoco sabes nada de Allison Martyn?

—Es una de las chicas...

—A la que quieren liquidar también. Mataron a Goldberg sólo porque pensaba casarse con Allison. ¿Qué dices a eso, gran hombre?

—¡No sé una palabra de este asunto! Nunca se me hubiera ocurrido meterme con Goldberg... Es muy influyente en Hollywood.

—Voy a creerte, hijo de perra, pero quiero saber dónde puedo encontrar a Jos Lacey.

Se encogió de hombros, pero explicó:

—Siempre está metido en el «Seal». Allí es donde comunico con él por teléfono.

No me gustó la cosa. El «Seal» era un *cabaret* especializado en espectáculos de desnudismo, para los cuales tenía la ventaja de estar situado en Sunset Boulevard, en la parte de éste perteneciente al condado, no a la ciudad. Eso hacía que la policía no pudiera meter las narices allí, ya que quedaba bajo la jurisdicción del *sheriff* y sus alguaciles, todos los cuales padecían de una lamentable ceguera para según qué cosas. Jos Lacey y sus compinches debían moverse a sus anchas con tantas facilidades.

Y para redondear la cosa, en la ciudad tenían la protección del fiscal suplente. ¡Un bonito cuadro!

No oí abrirse la puerta, pero la voz de Sam me sacó de mis reflexiones.

—He decidido volver a intentarlo —dijo con evidente sarcasmo.

—Olvídalo. Farley ha decidido confiarse a mí... Si uno se detiene a pensarlo, no resulta mal muchacho...

Sam dirigió una mirada distraída al caído bastardo. Pareció sorprenderse por su aspecto.

—¡Caramba, Farley! ¿Qué le ha sucedido? No me diga que ha tropezado con una puerta...

No obtuvo respuesta. Yo intervine.

—Será mejor que lo encierres para evitar que de la alarma entre sus socios. Incomunicado, naturalmente.

—¡Exijo que me dejen llamar a mi abogado! —bramó, más animado al comprender que los golpes habían acabado.

—Claro, claro... Le dejaremos llamar a todos los abogados que quiera tan pronto tengamos a sus amigos a buen recaudo. Vámonos.

Ya no opuso más resistencia. Debíó comprender que sus protestas eran una pérdida de tiempo y nos siguió dócilmente.

En el coche, Sam refunfuñó:

—Tendré que notificar tu brutal comportamiento, Howard. Ésta no es manera de tratar a un detenido.

—No podía saber que iba a ser detenido, Sam —repliqué—. Tú te has marchado dejándonos allí, de manera que eso será lo que diré a quién me pregunte.

Cansadamente, Farley gruñó:

—¿Por qué no dejan de burlarse de mí? Yo sé lo que he de hacer para que paguen esos golpes.

—Seguro, camarada. Llamar a tu abogado —dije suavemente.

Sam rió. Estaba satisfecho de cómo se presentaban las cosas.

Realmente, yo también lo estaba si vamos a eso, ya que de todas formas estaba ganándome mis honorarios en el caso Goldberg.

Pensé en los cinco mil de recompensa y ya no me preocupé de Farley en todo el resto del trayecto.

CAPÍTULO IX

Jos Lacey ofreció más dificultades que Farley desde un principio. En primer lugar, Sam no podía actuar en el condado sin la autorización del *sheriff*, el cual habría insistido en que uno o dos de sus delegados asistieran a las pesquisas, llevando el mando supremo del asunto. Sam y yo sabíamos lo que eso podría significar.

Por otra parte, Lacey estaba perfectamente enterado de todo y de algunas cosas más, de modo que cuando nos sentamos a su mesa y empezamos a acosarle se limitó a reírse de nosotros y mandarnos al diablo.

Tras esto, llamó a un camarero y le pidió un doble de *whisky*, perfectamente tranquilo.

Yo intervine:

—Tenemos a Farley, Lacy —le advertí—. Ha cantado de plano, así que sabemos tu participación en el negocio. Ni siquiera los complacientes delegados del *sheriff* podrán sacarte del apuro esta vez.

—¿Quién es ese Farley? —rió, divertido.

—Por muy seguro que te creas, veamos cómo te sienta esto —añadí, sin alterarme tampoco—. Harold Jensen, el fiscal suplente, está siendo detenido en estos momentos. ¿Quién va a proteger a tu organización en la ciudad ahora?

Esta vez no se rió, aunque siguió manteniendo el dominio sobre la situación.

Era un tipo joven, de facciones afiladas y desagradables. Sus ojos me producían escalofríos cada vez que me miraban. Eran de un gris muy claro, velados y húmedos. Se me antojaron ojos de araña.

O los de un asesino nato, tal vez.

Esperé a que el camarero terminara de servirle su *whisky*, antes

de reanudar la ofensiva, mientras Sam guardaba silencio, consciente del terreno tan inseguro que pisaba.

—Voy a decirte algo más, Lacey —dije, inclinándome sobre la mesita—. El teniente se mantendrá al margen de mi actuación aquí. Yo no soy policía y si es necesario, puedo emplear mis métodos para obligarte a «cantar». Farley podría decirte muchas cosas sobre eso.

Bebió indiferente. Después estuvo mirándome largo rato como si mi cara fuese algo muy divertido.

—Usted me da lástima, fisgón —fue cuanto dijo.

—Bueno... —Hice una seña a Sam—. Déjanos solos —dije sin apartar la mirada del pistolero—. Es mejor que te mantengas en segundo plano.

—Okey, pero ándate con tiento... No me gusta nada este hijo de perra.

Tal como habíamos convenido de antemano, el teniente se levantó y fue a acomodarse a otra mesa. Ni siquiera nos miró una sola vez.

Lacey rió.

—¡Una bonita representación! —comentó—. ¿Cuál es el acto siguiente?

—Ahora lo verás. Voy a cargarte con una acusación de asesinato, aparte de todo lo demás referente a la prostitución. ¿Qué tal?

Se encogió de hombros.

—Palabras.

—Nada de palabras. Avery Goldberg por un lado y un borrachín llamado Danny por otro.

Por lo visto, había perdido las ganas de reír. Decidí que ya era hora de tirar de la manta. Saqué el revólver de manera que él pudiera verlo y coloqué la mano bajo el tablero de la mesa.

Sus ojos se dilataron unos milímetros. Enrojeció de ira. Comenzaba a perder su maldita calma.

—Tienes dos alternativas, Lacey —dije—. O levantarte y salir de aquí pacíficamente, o encajar una bala en la barriga sentado en esa silla. ¿Qué te parece?

—Balandronadas. No se atreverá jamás a disparar aquí. Iría de cabeza a la cámara de gas.

—Cuentos. Tengo otro revólver en el bolsillo. Ese revólver aparecería en tu mano, de manera que constaría como defensa propia, suponiendo que no lleves uno por tu cuenta.

—Me divierte su inventiva.

Pero su voz no tenía nada de divertido. Apreté las mandíbulas cuando decidí.

—Voy a contar hasta tres, Lacey. Tendré el gusto de vengar a alguna de las desgraciadas que has destrozado.

—¿Sí?

—Uno, Lacey.

Atirantó los labios en un remedo de sonrisa. Todos mis nervios se tensaron como cables de acero.

—Dos —conté.

La mueca se borró de su rostro. Comencé a apartar un poco la silla en que estaba sentado. Mis ojos no se apartaban de su fea cara.

—Y tres, compañero...

Algo debió descubrir en mi cara que no le gustó, porque se levantó de un brinco y exclamó:

—Está bien, no quiero darle facilidades para que me mate.

Metí rápidamente el revólver en el bolsillo de la americana y mantuve la mano dentro, empuñándolo.

—Andando —ordené.

—Espere... No vamos a atravesar todo el salón de esta manera. No quiero dar semejante espectáculo. Hay una salida trasera. Prefiero la discreción... Se trata de mi crédito, ¿comprende? —terminó, sonriendo.

No había duda de que tenía nervio el tipo.

—Muy bien. Guíanos.

Eché a andar. Un vistazo a Sam me reveló que estaba listo para seguirnos, de manera que sorteé las mesas hasta penetrar en un largo pasillo flanqueado de puertas cerradas. Un par de débiles lámparas lo alumbraban a duras penas.

Detrás de mí, los pasos de Sam me tranquilizaron, pero no dejé de empuñar el revólver ni un segundo.

Mi compañero gruñó:

—Hasta ahora todo va bien, chico.

—Sí.

Pero entonces las cosas se precipitaron, demostrando que hasta

los planes mejor trazados pueden fallar alguna vez.

Jos Lacey iba delante de mí, a unos pasos de distancia y andando con entera calma. Sin embargo, en el momento en que Sam terminaba su comentario, pegó un salto y desapareció.

Fue una jugada maestra. Se esfumó como si jamás hubiera existido, con la misma facilidad con que un ilusionista escamotea una carta.

—¿Qué diablos...? —dije, estupefacto.

Pero eché a correr seguido del teniente. Descubrimos el oscuro pasillo que se abría a la izquierda en el instante en que la oscuridad era rasgada por un fogonazo. La bala aulló muy cerca de mi cabeza y al instante el estampido atronó el reducido espacio.

Me dejé caer de rodillas, pegado a la pared. Sam gritó algo, ya con su revólver de reglamento listo para abrir fuego. Vimos un tenue resplandor al fondo de aquel túnel.

—¡Una puerta! —grité.

Mi revólver vomitó una sucesión de disparos que amenazaron derrumbar el techo. Mis tímpanos acusaron dolorosamente el estruendo. Apenas oí la voz de Sam gritando furiosamente.

Pasó por mi lado como una tromba. Me lancé tras él a la carrera, temiendo que una andanada de plomo nos clavara contra la pared en cualquier instante.

Pero mis temores resultaron vanos. Jos Lacey había desaparecido completamente. Pudimos comprobar que aquella puerta se abría a un oscuro almacén, y éste tenía las ventanas al nivel de la calle. Una de ella estaba abierta delatando el rumbo que el pistolero había seguido.

No pude contener una sarta de maldiciones. Más metódico, Sam examinaba la ventana y así fue como descubrió las manchas de sangre.

—¡Fíjate! —exclamó—. Le has acertado, Howard; el tipo va herido.

Un vocerío procedente del pasillo nos empujó a seguir el camino del fugitivo. No podíamos dejar que alguno de los delegados del *sheriff* metiera la nariz en el asunto.

Corrimos por el callejón, doblamos un par de esquinas y finalmente pudimos respirar en paz dentro del coche.

—Nos la ha jugado buena —refunfuñé, disgustado.

—Bueno, no se puede prever todo en estos casos. Lo malo es que ahora dará la alarma entre los demás jefazos y no habrá manera de echarle el guante...

—Nos queda Jensen —dije, apartando el coche de la acera y hundiendo el acelerador hasta el fondo.

Conduje a toda velocidad, acuciado por la sensación de fracaso que sentía. Sam gruñó:

—Tendré que dar cuenta a la Central, Howard. No puedo detener a un tipo como Jensen sin una orden en regla... Después de todo, es el fiscal suplente.

—¡Al diablo! —exclamé—. Si le damos tiempo emprenderá el vuelo, ¿no lo comprendes? Toda la culpa es mía —reflexioné de mal talante—. He hablado demasiado...

—Has hecho lo que has podido.

—Iremos en busca de Jensen, a ver qué pasa. Si hay muchas dificultades, me quedaré custodiándolo, mientras tú te largas en busca de una orden en regla.

—Bien, me parece un buen plan...

—¿Tú sabes dónde vive?

—Sí. Estuve una vez en su casa en ocasión de una reunión política.

—Bueno, guíame entonces.

Seguí sus indicaciones sin disminuir la velocidad, de manera que tardamos poco más de media hora en alcanzar la tranquila calle donde estaba la casa de Harold Jensen.

—Es casi al final —señaló el teniente.

Reduje la marcha y apagué las luces. El motor zumbaba tan suavemente, que apenas si podía distinguirse su latido. Así recorrimos toda la calle, hasta que Sam murmuró:

—Esa de ahí...

Paré junto a la acera utilizando el freno de mano para evitar las luces rojas de la cola. Cerré el motor y los dos nos deslizamos junto a la verja del jardín.

—No hay ninguna luz —susurró Sam, deteniéndose junto a la verja del jardín.

Era una casa de buen aspecto y el jardín delataba los amorosos cuidados de alguien provisto de buen gusto.

—Por lo menos —dije en voz baja—. Lacey no ha tenido tiempo

de llegar aquí todavía.

—Pero puede haber telefoneado, advirtiéndolo a Jensen que han sido descubiertos. No me gusta la idea, créeme... ¿Vamos allá?

—Bueno...

Entramos en el jardín, separados por el largo de un brazo.

Pero no pudimos llegar a la casa. Un arma en alguna parte restalló y Sam pegó un salto absurdo en el aire. Cuando corrí hacia él, estaba desplomándose como un fardo.

—¡Sam! —grité, asustado.

—Ten... cuidado, chico...

—¿Dónde te han herido?

—Aquí...

Se llevó la mano izquierda al costado. Instantáneamente se le tiñó de sangre. Una fea herida, seguramente.

Lo arrastré hasta dejarlo cubierto por unos macizos de flores.

—Quédate quieto —dije con voz que temblaba—. Los disparos harán que alguien llame a la policía, de manera que es cuestión de minutos, mientras yo mantengo ocupado a ese imbécil. ¿O prefieres que busque un teléfono para pedir una ambulancia?

—¡Nada de eso! Ocúpate de... Jensen. Yo puedo aguantar un poco más...

—Está bien, Sam. Saldrás de ésta de todas maneras...

Me arrastré hacia la casa, pero moviendo mucho los recortados arbustos del jardín. Obtuve éxito con esta treta, porque un nuevo disparo retumbó en el silencio y esta vez descubrí la ventana desde la que disparaban. A fin de cuentas era lo que deseaba saber.

Dejé de mover las ramas y me deslicé en busca de un lugar desde el que mandar mis saludos al ayudante del fiscal.

Mi primer balazo entró limpiamente por la ventana y astilló algo de cristal en el interior, a juzgar por el ruido. Advertí los gritos procedentes de las casas vecinas. La policía ya debía estar en camino.

Jensen respondió a mi balazo con una verdadera andanada. Eso fue un error por su parte, ya que mientras estaba disparando los fogonazos delataban la exacta posición de su mano.

Tensé todos los nervios de mi cuerpo. Calculé distancias partiendo de los repetidos fogonazos como punto de referencia y comencé a disparar a mi vez.

Sólo pude efectuar un disparo. Después, el percutor pegó en un cartucho vacío y un sudor frío comenzó a correr por mi espalda. Había olvidado los tiros en el pasillo del *cabaret*...

Sin embargo, escuché un débil grito dentro de la casa. También cesaron los fuegos artificiales y sólo quedaron las voces de los excitados vecinos, gritándose unos a otros preguntas y respuestas.

Poco a poco, retrocedí hasta donde estaba Sam, acurrucado en el suelo y gimiendo entrecortadamente.

—¿Cómo te sientes? —murmuré, muy bajo para no delatar nuestra situación.

—Puedo aguantar...

—Voy a llevarte tu revólver, Sam —dije—. El mío está vacío. Pero creo que le he dado, ¿sabes? Así es que sigue resistiendo un poco más, mientras voy a comprobarlo.

—Ten cuidado... Puede ser una trampa...

—Ya lo sé.

Con el poderoso «45» en la mano, corrí agachado hasta los macizos de flores más cercanos a la casa. No sucedió nada. Pensé que el tipo podía estar agazapado en la oscuridad esperando volarme la cabeza sin riesgos..., pero sólo había una manera de comprobarlo, y era exponiendo precisamente la cabeza.

Pegué un salto hacia adelante, y tras un par de brincos en distintas direcciones para eludir un posible plomo, me tiré de cabeza al pie del muro.

Nada sucedió.

Respiré despacio, calmando el loco golpear del corazón. Después me enderecé y fui deslizándome hasta llegar al lado de la ventana desde la que habían disparado.

Levanté la mano armada lo justo para asomar el cañón del revólver por encima del alféizar. Apreté el gatillo y el enorme revólver bramó furiosamente, igual que una bomba dentro del cuarto.

No hubo ninguna respuesta.

Empezó a escucharse una sirena que se acercaba. Otra se le unió y ambas se elevaron como un lamento continuo.

Entonces decidí saltar al interior antes de la llegada de los policías. Tenía que darme prisa, ya que Sam no estaba a mi lado...

Me introduje en el cuarto, que resultó ser una salita bien

amueblada. El cuerpo yacía de bruces sobre la alfombra y al inclinarme a su lado descubrí la sangre que brotaba de su pecho. Le había acertado de lleno.

Aparté la automática de un manotazo y me agaché más.

—¡Jensen! —dije—. ¿Puede oírme?

Tras un silencio, el herido dejó escapar un lamento apenas audible. Comprendí que estaba en las últimas.

—Escúcheme —insistí—. Dígame los nombres de sus cómplices, o sus jefes... No querrá que ellos se queden con el negocio mientras usted se muere, ¿eh, Jensen?

Esperé con tal impaciencia que casi no pude contenerme. Pero al fin movió los labios, aunque no pude comprender nada.

—¡Haga un esfuerzo! —le apremié.

Lo hizo, pero sólo logró articular una especie de estertor.

—¡Maldita sea! —exclamé—. Ni una palabra..., y estoy seguro que podría aclarármelo todo..., incluso el misterio del ataúd...

Un leve estertor delató que Jensen me había oído.

Las sirenas enmudecieron repentinamente. Al diablo. Yo había hecho cuanto había podido.

Iba a levantarme cuando Jensen balbució, con voz que no era más que un suspiro:

—El... no debía enterarse... Era asunto nuestro...

—¿Qué asunto, Jensen?

—El ataúd... Se hubiera... en... furecido... la Morgue...

Calló. Su boca quedó abierta, con la cabeza ladeada. Había muerto.

Me incorporé lentamente, grabando aquellas palabras en mi mente con la esperanza de que tarde o temprano pudiera descubrir su significado.

Una voz ordenó a mis espaldas:

—¡Ponga las manos en la nuca, vivo!

Lo hice y giré sobre mis talones. La oscura silueta de un guardia asomaba por la ventana. Un revólver reflejaba la luz de la luna en su mano. Un revólver igual al que yo tenía entonces en el bolsillo.

—Está bien, agente. Voy con usted. Hay un herido en el jardín y...

—Mi compañero está con él. Vamos, muévase... ¡Eh! ¿Quién es el caído, está herido también?

—Muerto.

—¡Oh!

—No hay nada que hacer aquí. Será mejor que llame a Homicidios... El herido de ahí fuera es el teniente Belford...

Eso simplificó las cosas. Menos de diez minutos después, una ambulancia volaba rumbo al hospital.

CAPÍTULO X

Eran las diez de la mañana cuando abandoné el hospital, dejando a Sam dormido profundamente. Afortunadamente, su herida no revestía la gravedad que en un principio había temido.

El sueño me vencía, aumentado por la pasada tensión nerviosa y las agotadoras horas de interrogatorio en la policía. Me habían puesto de vuelta y media antes de permitirme explicar las cosas a mi manera, de forma que Sam quedase en buen lugar. Al fin conseguí mis propósitos, pero ya había amanecido cuando decidieron que ya no podían sacarme nada más. Acabaron convencidos de que yo no había hecho otra cosa que acudir en ayuda del teniente cuando éste se había visto metido en un apuro... O, por lo menos, fingieron que estaban convencidos. Uno nunca sabe a qué atenerse con los polizontes.

Fue en el hospital donde me dieron la noticia de que habían encontrado el cadáver de Jos Lacey en un callejón. Tenía un balazo en una pierna y otro que le había penetrado en la base del cráneo.

Cuando escuché eso quedé sin habla. ¿Cómo era posible que hubiera podido escapar con una bala en la cabeza? Luego resultó que los proyectiles eran de distinto calibre, y que el que yo le había metido era el de la pierna... Comprendí que sus jefes no habían querido cargar con un herido.

Buen final para una sanguijuela como Lacey.

Sentado tras el volante del auto, dudé entre irme a dormir o pasar primero por la oficina. Pensé en Allison, que estaría esperándome. Imaginé que podría ser muy agradable dejar que ella cuidara de mí durante el resto del día..., y decidí que primero era preciso hacer acto de presencia en el despacho. Todavía no había comunicado con mi cliente.

Mientras conducía pasé revista mentalmente a todo el embrollo. Pensé en el asustado Simeón Braham, en su funeraria, en sus ataúdes..., en su ayudante asesinado. Un buen lío.

Después evoqué las entrecortadas palabras que había pronunciado Harold Jensen antes de expirar. Si hubiese podido cambiar impresiones con Sam casi seguro que muchas cosas se hubieran aclarado...

Seguía reflexionando sobre todo esto cuando llegué a la oficina.

¿Quién no debía enterarse de la muerte del pobre Avery Goldberg? Y el asalto a la Morgue, ¿qué relación tenía con todo lo demás? Era absurdo bajo todos los puntos de vista.

O tal vez no lo era.

El sueño me vencía, pero luché furiosamente por alejado de mí. Estaba descubriendo nuevos detalles. Si pudiera darles el significado exacto a las palabras del moribundo.

Pasé media hora más barajando hipótesis, analizando posibilidades y acabé hecho un lío. Aunque, de entre el revoltijo de ideas absurdas, me pareció captar algo sólido. A menos, naturalmente, que lo que Jensen había dicho al morir no fuera producto del delirio.

Al fin sacudí la cabeza y encendí un cigarrillo. Ya era hora de pasar mi informe.

Busqué la tarjeta que míster Goldberg me había entregado y lo llamé por teléfono. Cuando lo tuve al habla, pregunté:

—¿Prefiere los informes por teléfono o se los mando por escrito?

—Bueno..., no importa eso ahora, McNeil —dije. Había una nota extraña en su voz—. Quiero que deje de ocuparse de este asunto.

—¿Cómo?

—No puedo darle ninguna explicación, McNeil —añadió con voz velada—. Lo siento, yo... He sabido cosas de mi hijo que..., en fin, no quiero que salgan a la luz. Sería vergonzoso, ¿comprende? Un descrédito para nuestro nombre. Nunca imaginé que Avery fuese capaz de...

Calló, como si le faltase la voz. Reflexioné a toda velocidad, pero no conseguí ningún resultado positivo.

—Sea como sea —dije solamente—, no veo por qué he de cesar en la investigación. Descubra lo que descubra, será algo confidencial.

—Incluso así, no quiero que esos hechos lamentables sean removidos.

—¿Piensa también impedir a la policía que cese en su busca del criminal?

Hubo un largo silencio, Luego farfulló:

—Eso es algo que no puedo hacer, pero utilizaré mis influencias... sólo para que no den nada a la publicidad.

—Ya veo...

—Puede quedarse usted con el anticipo —decidió—. Y me acordaré de usted si alguna vez vuelvo a necesitarlo.

—¿Ni siquiera desea mi informe, míster Goldberg?

—¿Cree que tiene algo importante que decirme?

—Sí.

—Bueno... Hable.

—¿Por teléfono?

—¿Por qué no?

—Está bien —dije resueltamente—. Lo he descubierto todo. Sé por qué mataron a su hijo, por qué lo encerraron en un ataúd y conozco la identidad de los dirigentes del complot. Me parece que eso es un informe que no puede detallarse por teléfono.

—¡No puedo creer que haya logrado todo eso en tan poco tiempo!

—¿Quiere el informe, sí o no?

—¡Naturalmente que sí! Venga aquí ahora mismo y...

—No me es posible. Tengo mucho trabajo, y he de ir al hospital también. Quiero hablar con un policía herido.

—¡Oh! ¿Qué sugiere usted?

—Podemos vernos en el hospital dentro de una hora si le parece. Tras una vacilación murmuró:

—¿En cuál?

—El «Municipal», de Figueroa Street.

—De aquí a una hora nos veremos allí, McNeil. Estoy impaciente por conocer la verdad.

Colgué. Volví a pensar en la funeraria, en la tonta manera cómo se había estropeado un plan perfecto y en todo lo que eso había provocado... En fin, abandoné el despacho convencido de que iba a tardar horas en poder pegar un ojo.

El hospital olía a desinfectante. Eso, la sequedad de mi boca y el

sueño que me invadía, estuvieron a punto de tumbarme.

—El teniente duerme todavía —me notificó la enfermera jefe.

—Esperaré... Oiga, vendrá un tal Goldberg preguntando por mí. ¿Podrá usted llevarle a la habitación del teniente? Yo estaré allí.

—Daré instrucciones a Recepción.

—Gracias. ¿Dónde hay un teléfono más o menos discreto?

Sonrió con cierta picardía. Imagino que pensó en alguna aventura amorosa.

Pero me indicó el aparato. Pude observar que no se alejaba mucho de allí durante mi larga conferencia. Cuando salí al pasillo me miró moviendo la cabeza con cierta burla.

—¿La ha convencido? —quiso saber, como recompensa a sus servicios.

—Creo que sí.

Eso la hizo feliz. Su cara de caballo se iluminó y yo la dejé allí debatiéndose en sus sueños amorosos.

Sam dormía pacíficamente, pero abrió los ojos cuando me oyó entrar. Parpadeó y trató de esbozar una sonrisa.

—¿Has dormido? —murmuró.

—¡Qué va! He perdido el tiempo trabajando.

—¿Si?

—Escucha, Sam. No creo que estés en condiciones de hablar mucho, de manera que...

—Tonterías. La bala sólo desgarró la carne. En un par de días estaré como nuevo. ¿A qué has venido?

—Voy a darle mi informe a míster Goldberg, Sam. He creído que si hablaba con él aquí, tú podrías escuchar y darte cuenta si algo de lo que yo diga está equivocado. Sabes lo mismo que yo, excepto las palabras que Jensen dijo al morir.

—¿Es que dijo algo?

Se las repetí y eso lo mantuvo ocupado durante un buen rato, intentando encontrar un significado.

Seguía dándole vueltas a lo mismo cuando llegó el millonario.

Se mostró un poco violento al encontrarse en presencia de Sam, pero éste se encargó de arreglarlo, de manera que cuando estuvo sentado empecé:

—Será necesario explicarle a usted lo referente a la organización que explota a las mujeres, míster Goldberg, para que pueda

comprender el resto.

—¿Una organización? No comprendo...

—Bien, es fácil de comprender si uno se detiene a pensarlo.

Sin tener en cuenta el tiempo, le conté con todo detalle la historia de Allison Martyn. Sólo al acabar con ella dije:

—Allison Martyn es la mujer con la que su hijo quería casarse, míster Goldberg.

Pegó un respingo. El sombrero, que sostenía sobre las rodillas, cayó al suelo y ni siquiera lo advirtió.

—¿Se ha vuelto usted loco, McNeil?

—No. Avery se enamoró sinceramente de Allison. No sé si sospechaba lo que ella era o no. Lo que importa para nuestro caso es que iba a casarse con ella..., si esa pandilla de explotadores y asesinos no hubiese tenido nada que decir.

Palideció hasta la raíz de los cabellos.

—¿Usted..., usted quiere decir...? —balbució con voz quebrada.

—Naturalmente que quiero decir eso. Los jefes de la organización decidieron que Avery, con su amor por una de sus esclavas, era un peligro porque amenazaba con descubrir para quién trabajaba la pobre muchacha. O quizá temieron que ella hablase más de la cuenta... En fin, decidieron eliminarlo discretamente, y habrían hecho lo mismo con Allison de no intervenir yo a tiempo.

—Siga —barbotó.

Tenía los ojos entrecerrados, fijos en algún punto de la pared.

—Nos ha llevado de cabeza hasta ahora el hecho de que los asesinos hubieran planeado algo tan complicado como meter el cadáver en un ataúd, sustituyendo el fiambre que debía ser enterrado a la mañana siguiente. No tenía sentido. Como tampoco lo tenía el que asaltaran el Depósito de Cadáveres, dejaran medio muerto al guardián, destrozando salvajemente todo lo que encontraron en la garita de éste, incluido el registro que llevaba.

El propio Sam se irguió un poco, pero hizo una mueca de dolor y se dejó caer de nuevo. Murmuró:

—No me digas que lo has descubierto, Howard...

—Sí, Sam. Dejaron todas las neveras abiertas. Incluso estropearon el sistema de refrigeración según he sabido. Y con el registro hecho trizas, nadie excepto el guardián podía saber qué cadáveres había allí cuando sucedió el atentado. Para eso tenían

que pedir copias de los partes en las oficinas centrales y comisarías, hospitales y demás. ¿Te das cuenta?

—Sigue. Pero recuerda que lo que hicieron fue desnudar un cadáver...

—Una cortina de humo. Todo el mundo, incluyéndome a mí, quedó convencido que ése había sido el motivo del asalto. Pero en realidad, dejaron un cadáver allí, Sam. El cadáver de mister Richardson, el muerto que sacaron de la funeraria.

—¿Qué?

—Eso es. La prueba de que fue una buena idea es que ya ha sido incinerado... Las autoridades decidieron activar los trámites para librarse de cuantos cadáveres no habían sido reclamados. Recuerda que la instalación estaba rota. Se vieron precisados a llevar algunos de los inquilinos de la nevera a los depósitos de los hospitales.

—Ya veo... Una buena jugada, Howard...

Goldberg sacudió la cabeza, incrédulo.

—Todo esto no puede estar relacionado con mi hijo —barbotó, nervioso—. Es... horrible..., sucio...

—No es apto para millonarios —dije con dureza—. Pero Avery tenía otras ideas respecto a la riqueza.

Sam gruñó:

—Deja eso y aclárame lo del ataúd. ¿Por qué se tomaron tanto trabajo?

—Por una sola razón. Tú sabes que un cadáver, por desfigurado que esté, siempre es posible identificarlo gracias a los laboratorios policíacos y, en última instancia, mediante los del F. B. I.

Esa gente no quería que el cadáver de Avery pudiera ser identificado jamás. Si podían conseguir que fuera enterrado con toda normalidad, nadie iba a soñar siquiera en identificarlo una vez en la tumba, o incinerado si eso era su fin.

—Ya veo. Pero sigo sin comprender por qué todo ese interés en ocultar el cadáver.

—No podían permitir que su jefe supiera que lo habían asesinado, eso es todo. No tienes más que pensar en las palabras que pronunció Jensen y verás.

—Creo que... ¡Diablo, Howard!

—Ajá —sonreí, mirándole.

—¡Quieres decir que...!

—Un momento, McNeil —intervino el millonario—. No acabo de comprender bien eso...

—Jensen, Lacey y posiblemente algún otro, formaban la plana mayor de la pandilla de explotadores —aclaré—. Sacaban inmensos beneficios de ese negocio. Pero, por encima de ellos, estaba quien había organizado toda la trama, un cerebro frío y despiadado al que temían. O quizá respetaban, vaya a saber. Debían respetarlo porque le reconocían unas cualidades fabulosas para los «negocios».

—¿Y...?

—Ellos no podían permitir que sus enormes ingresos fueran puestos en peligro por un enamorado. Y tampoco podían decir a su jefe que iban a matarlo. Era un buen problema para ellos, pero creyeron resolverlo con el juego de manos en la funeraria.

—Siga. ¿Por qué temían tanto que su jefe supiera que habían asesinado a Avery?

—Porque el jefe es usted, míster Goldberg. Ésa es la razón de que Jensen y los demás prefirieran correr todos esos riesgos antes que enfrentarse con usted.

Sam se incorporó poco a poco. Le hice una seña para que se mantuviera quieto. Mis ojos no se apartaban del millonario.

Goldberg suspiró pesadamente.

—Está loco —murmuró—. Loco si cree que podrá probar jamás semejante cosa...

—Tengo un testigo vivo, míster Goldberg...

No sé de dónde demonios la sacó, pero me encontré mirando una pequeña automática apuntada directamente a mi cabeza. Al mismo tiempo, el hombre se levantó.

—Voy a salir de aquí —dijo sin entonación—. No podrán detenerme, McNeil, porque mataré al que lo intente...

—¿Ésa es la pistola que empleó contra Lacey, cuando acudió a usted en busca de ayuda?

Parpadeó y noté el respingo de sorpresa que dio. Era una respuesta. Yo añadí:

—Será suficiente para llevarle a la cámara caliente, amigo...

—Nadie hará semejante cosa conmigo.

Abrió la puerta y retrocedió un paso. Detrás de él asomó un brazo armado de un revólver. El revólver golpeó como una maza la

muñeca de Goldberg, y éste dio un grito. La pistola voló de su mano, mientras el hombre se retorció.

Estaba retorciéndose de furor todavía cuando le colocaron las esposas y se lo llevaron.

Sam se dejó caer sobre la almohada y gruñó:

—¡Que me ahorquen!

—Ten esperanzas. Algún día puede que lo hagan. Yo había avisado por teléfono a los muchachos de tu oficina... Estaban apostados en la habitación de al lado.

—Ya... Vuelve a contarme todo el asunto con detalle, chico. Quiero que...

—Narices.

Me encaminé decididamente a la puerta. El gritó:

—¡Eh! Espera...

Me volví, ya con la puerta abierta.

—¿A dónde crees que vas? —estalló.

—A mi apartamento. Tengo algo importante que hacer allí.

Salí. Antes de cerrar por completo la puerta, escuché la exclamación de Sam.

Era cierto que tenía algo importante que hacer.

Alguien tenía que devolver a Allison la confianza en la humanidad, darle la seguridad de una vida mejor y más digna.

Ese alguien podía ser yo, y no iba a resultar una tarea desagradable ni mucho menos.

Y no lo fue.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*